

UADU

GIORGIO M. TAMBURINI

Derechos Reservados, Inscripción N° 153.504

...una bacanal sensual, casi sórdida, sin ser morbosa, que se encuentra más allá de toda conceptualización o evaluación valórica, algo divino, que proviene del momento anterior al crimen original, que permite al hombre distinguir, o al menos considerar, las cosas en su cualidad de bien y mal. Un trozo del paraíso, cedido por los dioses y acogido por los hombres en los momentos en que se apartan de sus raíces humanas, el reencuentro con una naturalidad olvidada, donde la perversión toma el carácter de individualidad, de esa que atenta contra todo aquello que es norma, para abrirse paso, abruptamente, hacia la complementariedad que permite la satisfacción completa del ser, cuando este emerge como una dualidad. La pareja en soledad, la pareja tras las bambalinas del escenario consciente e inmersa en un ritual natural, que en nada se relaciona con normalidad o sanidad, conceptos artificiales que han logrado artificializar lo ideal, poniéndolo más allá de la naturalidad. Naturaleza en dominio de sí misma, organismos en éxtasis, con una psique que encuentra por fin justificación en tanto elemento que exalta el placer. La intimidad alcanza el superlativo; los cuerpos se cubren con aceites de colores, con lentitud, con las manos y ojos del artista que a cada instante siente más pasión por su obra y que, poco a poco, se ve incorporado a ella. Las mentes se visten con los suaves vapores del alcohol, que embriaga sin emborrachar, y el alma se adormece en el seno de una moral ausente. El tiempo cobra el carácter de eternidad y los seres se liberan de la muerte en un acto que es más que una alabanza a la vida, en un acto que, talvez, es la vida, y en esa eternidad las miradas se eternizan y ellos se extasían de contemplación y se detienen por siempre en cada trozo de sus cuerpos, de los que sólo emanan deseos y placeres. Las manos se derriten en caricias que modelan y amasan, en sudores que lubrican, en olores que superan en exuberancia a las más voluptuosas volutas de opio, y esos seres vencen toda fantasía, desarrollando nuevas tramas para sueños de reyes, insatisfechos en cualquier vigilia. Todo rastro de humanidad desaparece y se funden en un abrazo fantástico, que desgarrar con violencia y furor carnal,

III

que se detiene, para retornar con la furia sensual del movimiento calmo, deliberado, pletórico de determinación, incitante, se hace circular, en virtuosa emulación del universo, se hace punzante y lineal superando a la voluntad, los tiempos se ponen al servicio de placeres incomparables y en medio de tanto vigor se siente explotar y parece que se fuera a dejar la vida, ya que ese momento vital la rebasa, los límites del bien y el mal son destruidos, así como los del placer y del dolor, la experiencia se ha vuelto única e indescriptible, ellos se beben, se devoran, se absorben entre caricias que desgarran y caen exhaustos, rendidos, dormidos o muertos, deliciosamente desfallecidos. Los cuerpos yacen uno sobre el otro, disueltos en un extraño crisol y el placer no ha cesado, aún cuando la consciencia ha dejado de existir.

El ritual se enraiza; la felicidad es el fin y la meta de todo ser viviente, cualquiera sea la forma que esta pueda adoptar y hasta el cielo nos seduce con la oferta de la alegría eterna, del goce absoluto que el ritual representa.

Se accede a la orden por revelación; antes jamás se conoce a un hermano y nunca se nos habla de ella, sin embargo, se intuye. Las fantasías en los primeros albores de la adolescencia profetizan su advenimiento y se sospecha su existencia, se teme ser uno de aquellos que no la conocerán. Entre los adeptos, existe un código de silencio y respeto implícito, jamás violado, es el respeto que se impone sobre todo sentimiento, el respeto hacia el que comparte una revelación, el respeto que es imitado por todo aquello que aspira a respetable. El número de los ritualistas es inmenso y día a día nos topamos con muchos de ellos, pero ¿quién puede revelar lo que conoce? ¿Quién puede revelar lo irrevelable?

Se llamaba \_\_\_\_\_ y era uno de aquellos escogidos que han logrado comprender, al menos en parte, la naturaleza del ritual. Observador de la sociedad, compadecía a todos aquellos no iniciados que para él eran como ciegos de nacimiento, que por nunca haber podido ver no comprendían su desgracia.

La pretensión del maestro, la de tener sus discípulos, empujó a un hombre a concebir la creación de Idil, de ese lugar ubicado un poco más allá de los límites de la realidad y de la vida consensual, en donde sólo ingresan los elegidos, seres que están lejos de la mediocridad, no por sus méritos sino por sus encantos y sus secretos, aquellos que poseen un alto grado de control, entendido como esa capacidad para limitar, a ciertos espacios, todos los privilegios de la libertad, de esa libertad en que no hay dolor psíquico que calmar con filosofías baratas, donde la capacidad innata para fascinar con la expresión, el gesto y la apariencia, ha dejado fuera la vacía gravedad del incapaz y llevado al último lugar el brillo intelectual, por considerarlo el traje que utiliza un mono para una cena de gala. Adoración por la belleza, fascinación por lo fascinante, superando todo aquello que se establece como valor social y que, por tanto, está condenado a perecer con la sociedad que lo ha creado; la gracia posee, entonces, mayor valor que la inteligencia.

En ese espacio artificial se da la fuga forzada en el país de los tráfugas, la fuga deseada. Ocurre como un evento anual, una sola noche en donde libertad y sensación tienen valor de realidad. Los actores, obligados a desempeñar papeles por ellos creados, roles marginales, fuera de los libretos impuestos por el director desconocido, que ha normado sus vidas escribiendo en sus almas y vendiéndolas a un señor lleno de irreales promesas. Por esclavitud han sido liberados.

Todos los ritualistas, los inscritos en los libros de Idil, han sido atrapados por el error inconfesable que el maestro conoce, esto le da poder sobre los prisioneros que tras el ritual serán sus súbditos, perseguidos en sus jaulas son atrapados para ser liberados y ya no sabrán dónde está la mentira. Dejarse llevar es la única consigna, despojarse de la historia y de los compromisos que aquí no tendrán consecuencias, una dimensión en que las traiciones no existen, porque las personas han desaparecido para ceder su lugar a las esencias.

Los sujetos son contactados por una invitación que amenaza con la revelación de su

III

miseria, sólo pueden liberarse por medio de la asistencia a una pequeña ceremonia en donde no estarán en desventaja, saben que jamás nadie lo sabrá y que tienen la obligación de permitirse lo que no consentirán nunca en su ser cotidiano, porque esto está fuera de la vida.

Yo pertenezco a Idil, o Idil me pertenece, por accidente o fortuna, soy psicólogo, en el sentido más real que el término pueda tener, estudio la mente y el alma humana. Poseo dos aficiones que pudieran no tener relación; me encanta la criptografía y las antigüedades; estos dos caprichos se combinaron para promover el encuentro. Suelo leer los avisos clasificados en busca de curiosidades y la mayor fue descubrir que por medio de ellos se comunicaba, criptográficamente, una sociedad. No sé como llegué a ese hallazgo, digamos que por una intuición a la que siguió un año de trabajo, casi obsesivo, el mensaje era simple, se trataba de comunicar una dirección, una fecha y una hora. Sobra decir que concurrí a la cita. No se me permitió ingresar al recinto, esperé y fui esperado, fotografié y fui fotografiado, investigué y me investigaron, todos ellos, sin excepción, eran personas que compartían un pecado.

La primera vez que pude hablar con él fue cuando me llamó, de donde podría extraer el valor para citar sus primeras palabras, una descripción descarnada de mi debilidad, un relato frío, desprovisto de valoración, desgarrando mi humanidad, demostrando mi bajeza, rompiendo la ilusión de mi dignidad. La revelación de mi delito era momento de condena o absolución.

- No lo estoy castigando, lo estoy haciendo hermano, sólo robaré un poco, por un solo momento, de su falsa libertad.
- Pero, usted me amenaza, ¿qué otro sentido puede tener todo lo que me ha dicho? Revelar eso de mí sería el final de lo que he tratado de ser.
- No le amenazo, sólo le explico que si usted revela algo de lo que yo le enseñaré, destruyendo Idil, usted se hundirá con nosotros.
- Si es algo tan terrible lo que piensa mostrar, no tiene por qué hacerlo, yo podría olvidar

III

todo lo que sé.

- Le aseguro que usted jamás podrá olvidar, le revelaré porque le debo revelar. No será terrible sino hermoso y lo bello debe protegerse, lo que ahora le parece abominable apenas es un medio o de lo contrario amenazaría nuestro ser.
- No le entiendo.
- Pronto entenderá, aspiramos a la verdadera naturaleza, exenta de la maldad cotidiana y de la abyecta falsedad propia de la existencia humana, naturaleza vital, trascendente, por oposición a historicidad. No buscamos al hombre en la historia sino en su alma, no en su megalomanía sino en su belleza nativa, salvaje y primigenia.
- ¿Qué quiere de mí?
- Quiero que asista a Idil.
- ¿Qué es Idil?
- Idil, es una reunión anual, cosa que, creo, usted ya sabía.
- ¿nada más que eso?
- Sí, puede ser sólo eso, pero le aseguro que será suficiente.
- ¿Y me dejará en paz?
- Yo le dejaré, la paz depende de usted.
- Iré.

La reunión anual, blanco original de mis investigaciones, no era más que un preludio a Idil. Cuando llegué, todo me pareció extraño; el silencio, la actitud respetuosa de los asistentes, su serena complicidad y su alegría, que no era eufórica sino extática. Al aparecer\_\_\_\_\_ todos nos tomamos de las manos, formando una gran cadena silenciosa. Creo que algunos oraban y que otros simplemente sentían. Se apretaban las manos con una calidez difícil de explicar, pero que llenaba el alma y no permitía el temor. Luego\_\_\_\_\_ se desprendió del círculo que se fue desarticulando lenta y casi dolorosamente, para formar

III

una interminable fila, cada uno de los asistentes se paraba frente a él, mencionaba su nombre en voz alta y él le entregaba un sobre, yo también recibí mi sobre. La cadena volvió a formarse, las manos volvieron a apretarse y a soltarse y nos retiramos uno a uno, la reunión había terminado.

Pasaron muchas horas antes de que me decidiera a abrir aquél sobre, no comprendía la naturaleza de esto en lo que estaba envuelto y ninguno de los que pronto llamaría mis hermanos, me había hablado, pensé que, talvez, nunca lo harían. Finalmente lo abrí, el contenido no era más que una nueva invitación, una llave y un pequeño, pero detallado, plano para encontrar el lugar. Esta vez no había amenazas, pero yo ya no era capaz de rehusar, algo, muy dentro de mí, me impulsaba a continuar con esto que yo no había empezado y esta vez no era el miedo.

Llegué a ese mágico, maravilloso y apartado lugar, a esa casa pequeña y hermosa, entré, no había nadie más allí, una nota sobre una mesa decía “espere”, esperé, treinta minutos más tarde la puerta se abrió y ella entró. El mundo desapareció, no pude pronunciar siquiera una palabra, me acerqué a ella y la abracé, ella me abrazó y mi cuerpo no podía contener las emociones que lo invadían, emociones que no conozco, que no puedo describir.

Que extrañas pueden ser algunas vivencias. Aquellas que tienen ese carácter de unicidad que las separa del mundo cotidiano e incluso las saca de la realidad, tal y como la entendemos; nada existe en mi mente que pueda representar esa sensación que desborda los estrechos límites de la razón. Desde que esa puerta se abrió, el cielo y el infierno comenzaron la lucha por mi alma y lo divino triunfó, la abracé, la eternidad y el infinito nos abrazaron y la realidad no llega, ni llegará jamás, a la naturaleza de ese abrazo casto, ni a esa mirada que no se relaciona con los ojos, tenerla entre mis brazos, que jamás serían para ella, con algo que no era la atracción de un hombre por una mujer, que no era deseo carnal, que no era abrazo de padre, ni de hijo, ni de hermano, que produce una suerte de orgasmo que no es genital, ni del

III

corazón, ni de hombre, ni de mujer o niño. Entonces comprendí algo del cielo y a veces creo que esto sólo existe para eso. Fui valiente, ya que salté a lo desconocido, temblando, y con total entrega, sin saber que ocurriría, traicionando mi ser mortal, el único que conozco, lo único que tengo. Ella lo comprendió, me acogió y creo que ambos supimos que nada existe siquiera similar a lo que nos pasaba por dentro. Nada insano, nada prohibido, nada pasó, nada podía pasar, nada queríamos que ocurriera, sólo el abrazo, sólo el cariño, sólo el instante y esa nada fue suficiente, creo que nunca se ha hecho el amor como nosotros lo hicimos, en esa dulce fusión de nuestras almas fuimos los más íntensos amantes. Mis manos no recorrieron su cuerpo y ni siquiera besé su boca, sólo fue el abrazo; el más dulce abrazo. Sé que esto viene de Dios y que no hay maldad, ni traición, ni control, ni pecado, ni escape. Desde ese momento ambos éramos parte de Jdíl y, aún sin saberlo, compartíamos el ritual.

Después de ese encuentro mi vida estalló en pedazos, las noches que siguieron al ritual se convirtieron en una sucesión interminable de amaneceres sin luz, en los que se mezclaba lo infernal con lo divino en un crisol de frágil humanidad. Sintiendo las cosas, sin ser capaz de expresar, conociendo sin saber, en medio de la inexpresable comprensión total, con gran dolor, con la más profunda dulzura, en esta isla cruel en el océano infinito del amor. Por una vez, consciente de que lo maravilloso alcanza para todos y que no cabe el egoísmo, con los cimientos del yo tambaleando ante la inevitable sensibilidad del espíritu trascendente y al mismo tiempo atado a mi ser mortal, a mi prejuiciosa naturaleza y a mi atávica moral. En la guerra de la razón y la emoción; entre la verdad y la mentira, me debatí durante días: ¿qué de mi matrimonio? ¿qué de mi vida?, ¿dónde insertar estas emociones fuera de lugar? Luchaba entre la confusión y el miedo, quería volver a verla y esta vez era mi carne la que añoraba cosas que no conocía; tocarla, besarla y amarla hasta enloquecer, a ella, poco más que el pálido reflejo del alma de una mujer en el tiempo de una niña, a ella, que materializaba el sueño de la belleza que mi mente forjara desde el origen perdido y ancestral de mi ser.

Perdí el temor a la muerte, porque me fue permitido mirar, por un instante, lo que allí nos espera, y mi cuerpo no podía acompañar, ni contener, la vorágine de ese amor y mi mente era inválida para su realización, todo, absolutamente todo, en mí estaba destrozado. ¿Cómo arrastrar su inocencia a mi pecado?, ¿cómo traicionar el amor sincero de la que juró estar a mi lado ante el altar?, ¿cómo eliminar mis temores? y ¿cómo atravesar mi cobardía? El recuerdo de Idil me era difuso y yo quería más que el ritual, algo más que ese plano paralelo, yo quería algo entre el hombre y la mujer, quería saltar sobre mi vida y mi miedo hacia la realización del deseo, pero no era capaz de romper lo construido, mi amor de tierra. En ese momento nada tenía sentido, todo aquello que yo siempre había creído ser, se desmoronaba ante la fuerza de un sentimiento que por años estuvo oculto en mi interior, por algo que yo jamás habría buscado y que siempre me pareció injustificable, yo que siempre había sido el hombre de las cosas claras y del camino recto, de la fidelidad y la familia, del respeto a la palabra empeñada; me encontraba de pronto atrapado por un deseo que me superaba. Caí de bruces sobre mi cobardía, me sentí incapaz de traicionar a aquellos que en mí confiaban para correr tras aquello que mi corazón deseaba. En otro tiempo esa falta de fuerza y valor no habrían tenido espacio en mi pensamiento, pero ahora no sólo se trataba de mi riesgo personal: perder lo que tenía para darme la oportunidad de alcanzar lo que soñaba, sino que, además, arrastraría y sacrificaría la felicidad de mi mujer. Eso era más de lo que me podía permitir, sin embargo, tampoco era capaz de alejarme de mi pequeña de sueños y los días pasaban, consumiéndome poco a poco, sin que encontrara una salida. Sentí que era mejor morir como último acto de lealtad, que caer en el egoísmo de la traición y yo creía saber lo que me esperaba al otro lado del abismo.

Tomé la pistola y la apoyé en mi cabeza, era tiempo de acabar con la falsedad. El gatillo comenzaba a ceder cuando una mano fría cogió la mía, torciéndola hacia abajo. Soy un hombre fuerte pero esa presión fracturó mi muñeca y mis piernas cedieron ante la potencia y

III

el dolor. Me incorporé sin comprender lo que ocurría, cegado por la ira y dispuesto a luchar.

Era él. Mi mirada se detuvo en sus ojos fieros.

- No es contra mí con quien debes luchar- me dijo, y su mano siguió apretando mi brazo, sus dedos firmes deteniendo la circulación de mi sangre, el dolor era terrible, mi vista se nubló y creí que perdería la consciencia, entonces me soltó y yo caí.
- Levántate – no pude responder, estaba furioso, derrotado y quería matarlo. Me tomó por debajo de los brazos y me llevó al living, me sentó en un sillón, fue a la cocina trajo hielo para mi brazo y café.
- Bien, ahora vamos a hablar.
- No voy a hablar contigo y la próxima vez esto será distinto.
- No habrá una próxima vez, si llega a presentarse dejaré que te vuelas la cabeza estúpido cobarde.
- Tú provocaste esto.- le dije.
- Yo no he provocado nada, estás equivocando el enemigo.- se expresaba con tranquilidad, como repitiendo un texto muchas veces leído.
- ¿De qué estás hablando?
- Hablo de que se te ha concedido la gracia de sentir un poco el cielo y de atisbar su grandeza en el plano del espíritu y de que tú lo confundes con la sangre.
- Lo que en realidad has hecho es jugar conmigo, trayendo a mi vida toda mi ignorada fragilidad, has hecho vacilar mis esquemas de vida con la más poderosa tentación, eso me ha destruido y no voy a perdonarte.
- Nada se ha destruido en ti- me dijo-, sólo te confundes y actúas como un niño ante emociones desconocidas. Yo no te he tentado, nadie puede hacerlo, la tentación está en el sujeto y no en el objeto, es una vulnerabilidad que te pertenece.
- Juegas con las palabras, nada das, nada aclaras, para mí todo sigue igual.

Idil

- ¿Es que no comprendes que quien ha mezclado las cosas eres tú? Ingresaste y saliste de nuestra cofradía en un solo acto, no entiendes el sentido del ritual, te haces abyecto y encarnas la aberración. El ritual es el contacto íntimo de dos almas unidas en el amor del espíritu, ese que es tan puro que, por un momento, llenó tu vida con la magia del paraíso y que para ti bastaba, luego, te perdiste y deseaste a la mujer material, quisiste tenerla en tu cama más que en tu corazón, no sólo en el ritual, sino en tu vida terrena.
- No dices nada que yo no conozca. Sin embargo, tú siempre supiste que esto ocurriría, a todos debe pasarles, ¿cómo no desearla?, ¿cómo resignarse a no tenerla?
- Abriendo tu mente y tu alma, escuchando las palabras que vienen de tu corazón, observando a tu alrededor y comprendiendo la realidad de este mundo.
- No entiendo lo que dices.
- Digo que si detienes tu caída hacia el infierno, tal vez conozcas algo del cielo y la tierra, salvando tu alma y reencontrándote con Idil. ¿Crees acaso que el ritual surge de algo artificial?, ¿de una demoníaca determinación humana por adquirir lo que jamás les ha pertenecido a los hombres? Pues, sí es así, te equivocas.
- ¿De dónde viene esto entonces?
- Viene de la simple observación de nuestra naturaleza, la vivencia del ritual no es exclusiva de Idil. Todos los días, miles de personas viven ese encuentro de las almas en las más diversas condiciones, la gran mayoría no percibe la naturaleza divina del encuentro y lo perpetúan en su cotidianidad, exponiendo la realidad mágica al mundo material, trivializándolo. Finalmente, lo espiritual muere entre océanos de imperfecta humanidad, se experimenta el tedio derivado de la incapacidad terrena para vivir lo espiritual de manera constante y todo lo extraordinario se hace vulgar, ya no son las almas las que están juntas sino las personas, con toda su carga de porquerías, con su superflua historia

III

de una sola vida y, por supuesto, con todos sus vicios. Las relaciones del alma mueren, ahogadas en una tierra que está lejos del espíritu.

- ¿Qué es exactamente lo que ocurre?- yo no entendía las cosas que este hombre me decía, aún le culpaba de lo que me estaba pasando, sin embargo, algo en sus palabras me iba calmando y me parecía que estaba comenzando a aparecer una tímida luz en mi oscuridad.
- Que este es el reino de la carne y que el espíritu sólo se nos revela de manera ocasional, para que no perdamos la sensación de que detrás de la farsa está la verdad. Algo que surge de nuestra esencia, rápidamente cede ante nuestra circunstancial sustancia, los deseos del alma se hacen deseos de la carne y, como esta, se corrompen.
- ¿Quieres decir que esto que siento no es algo realizable en este mundo?
- Eso es exactamente lo que quiero decir, lo que sientes sólo es realizable en Idil, por medio del ritual que es terreno de lo trascendente.
- Entonces ¿nunca la tendré?
- Por el contrario, siempre la has tenido y siempre la tendrás.
- Según te entiendo, estaremos juntos de esa manera incomprensible para los hombres, pero yo quisiera algo más que eso, quisiera poder amar a la mujer que ella es ahora.
- Lo que quieres es tener sexo con ella y créeme que no estoy criticándote, ni dándote un consejo, pero si la tienes en esa forma ahora, todo lo hermoso desaparecerá e ingresarán juntos al corredor de los perdidos, donde se encuentran todos aquellos que quisieron darle realidad carnal a lo que no se relaciona con el cuerpo, se harán amantes vulgares y se enredarán en tramas sociales en las que todo valor ha desaparecido. Serán como los animales, esclavos del deseo, y de animales serán sus vidas, matarán inocentes para sobrevivir y en vuestra propia inocencia morirán, nada quedará de la pureza original de vuestro amor.

III

- De acuerdo con lo que dices nuestra relación siempre será parcial, solos con los deseos de nuestras almas que jamás serán realizados por nuestros cuerpos.
- Jamás he dicho lo que dices, debes saber que la carne es corrupta y santo el espíritu, cuando se juntan puede la carne corromper el alma o el espíritu santificar la carne, ustedes deben correr tras esto último y entonces el sexo será el triunfo del espíritu sobre la materia, del hombre sobre la serpiente.
- ¿Es eso posible?
- Lo es, siempre y cuando esencia y apariencia se encuentren en igualdad de condiciones, esto es lo que se procura en Idil, por medio del ritual que, como sabes, sólo se realiza una vez al año, en un espacio lo más distante posible de lo cotidiano y en total libertad, intentando evitar que exista la menor filtración hacia la vida diaria de quienes participan, y limitando, al mínimo, la probabilidad de que los hermanos extiendan sus relaciones más allá del ritual. Ya te he dicho que es igualmente posible que el espíritu santifique la carne, en el terreno del espíritu, cómo que la carne corrompa al espíritu, en el terreno de la carne. El hombre es una sutil fusión de sangre y logos, el ritual nos lleva a nuestra esencia divina, ¿acaso no té bastó con una mirada y un abrazo cuando estabas con la mujer que soñabas?, ¿qué pasó con el sexo en ese instante?, ¿cómo pudo desaparecer el deseo? ¿crees realmente que esas cosas se esfumaron?, pues en realidad yo te aseguro que nada de eso estuvo ausente, lo que ocurrió fue que viviste algo que es más que sólo eso, que lo supera y trasciende, que es capaz de sacrificarlo para no perder ese algo especial que, de alguna manera, intuyes como superior a cualquier experiencia posible dentro de tu humanidad.
- Yo sé que algo mágico ha tocado mi vida, sin embargo, creo que tal vez hubiese sido mejor desconocer esto y permanecer siempre dormido para estas emociones que no puedo comprender.

III

- Es lógico que nuestro primer contacto con una realidad desconocida nos sea incomprensible, ya que ni siquiera contamos, en ese estado, con la familiaridad de nuestras emociones cotidianas. Cuando las almas se contactan desaparece el mundo, para dejarlas a solas en la intimidad que intimida, en la maravilla del perdido Edén. En ese momento la experiencia no sólo fue suficiente sino fantástica, luego retornaste al ser material y, entonces, todo se mezcló en este sueño que es la vida, la amaste como hombre cuando la querías en alma, quisiste traer al infierno lo celeste. Trata de entender este principio, lo vivido en el ritual no pertenece a este mundo y debes conservarlo así o de lo contrario el espíritu dormirá el sueño de tu yo y todo será vulgar.
- Dime, por favor, ¿qué ocurre con ella?, ¿está pasando por lo mismo que yo?, para mí es terrible pensar que está sufriendo y, al mismo tiempo, no podría soportar que yo le fuera indiferente. Durante la reunión a que tú nos convocaste nos dijimos muchas cosas, sin embargo, nada fue explícito y todo podría ser interpretado de maneras diversas.
- Mi querido hermano, ella nada tiene que ver en esto.
- ¿Qué quieres decir?
- Sólo que ella no sabe nada, absolutamente nada de Idil y, presumiblemente, tampoco le ocurre lo que a ti. Aún cuando el sentimiento se encuentra en ella, es posible que esté bloqueado, tal y como se encontraba lo que tú sientes por ella hasta antes del ritual. Debes saber que ella no califica, aún, para ingresar a nuestra orden, no tiene un gran pecado, sus años no han sido tiempo suficiente para garantizar, con hechos, su silencio ante la eventual revelación.
- Eso no es posible, no puedo creer lo que dices, ¿cómo explicas el que acudiera al ritual?
- Simplemente porque tú la citaste.
- Yo jamás hice eso.

III

- Sí que lo hiciste, aún cuando no lo sepas. Ella estaba en tu alma y de una manera que por ahora no entenderías, logré que la llamaras. Sólo tú y el Padre tienen acceso a tu alma y obviamente yo no soy ni uno ni el otro, entonces ¿cómo podía yo saber quién era tu alma hermana?, lo único que hice fue empujar un poco tus deseos íntimos y dormir, como cada noche, tu consciencia; el resultado fue tu llamado. Aunque en este momento te sea difícil de entender, existen formas de lograr que alguien realice algo que en verdad desea sin que se de cuenta de que lo hace, sólo basta con dar libertad al corazón y dejar que la mente se haga a un lado.
- Entonces ¿ella jamás comprenderá lo que pasa?, ¿nunca ingresará a Idil?
- Eso depende de tí, tú debes ser su secreto y su pecado, en este sentimiento ella es tan hermana tuya como tú lo eres de ella.
- Pero esto es absolutamente terrible, dices que depende de mí arrastrarla a un amor condenado.
- Lo único terrible es lo que somos en este mundo que hemos construido y nuestro pecado, el que todos los miembros de nuestra cofradía comparten, no es contra Dios sino contra nuestro mundo y sólo aquí es condenable, muchas veces se elogia en el cielo lo que se sanciona en la tierra.
- ¿Cómo sabré si ella esta dispuesta a ingresar conmigo a Idil?
- No lo sabrás hasta que hayas intentado que ingrese.
- ¿Y si fracaso?
- Eso, mi querido amigo, no depende de nosotros.

Me volví por un momento para coger mi taza y cuando quise hablarle, él ya no estaba allí, simplemente desapareció. Aclaró muchas cosas, sin embargo, fueron innumerables las interrogantes que emergieron de esa conversación.

“Ella no tiene nada que ver en esto”, esa frase daba vueltas en mi cabeza. Sumido en la trama de *Idil* y más solo que nunca, sin poder hablar con ella, sin saber si entendería el papel que yo estaba representando en esta obra del absurdo, apoyado en ese único contacto de una noche, soñaba sus respuestas, tanto como sus labios. Mi vida siguió y traté de hallar una salida en mi ahora confusa trivialidad.

En los días que siguieron intenté muchas veces hablar con ella, pero el universo entero conspiró para que me fuera imposible ubicarla. Mis conversaciones habituales variaron mucho después del ritual, ahora, consciente de la eternidad, me preocupaba más que antes la fugacidad de esta existencia y la certeza de su unicidad no cuadraba con las normas éticas y estéticas de una sociedad fea.

Cuando volví a verla estaba distinta, sus cabellos largos llegaban hasta sus pies diminutos y por ellos trepaban personas, ella era inmensa, más alta que los edificios, que rodeaban con frialdad su calor, las personas se convertían en piojos en su cabeza, yo la miraba y la sentía con toda la fuerza del ritual, la contemplé hasta ver mi reflejo en las lagunas oscuras de sus ojos, hasta ver en ellos mi tijera dorada que cortó sus cabellos, para que nadie pudiera por ellos trepar. Con ese acto la convertí en una simple y linda chica de moda, mientras yo la seguía adorando ya que en mi alma guardé las puntas de su pelo que, desde entonces, sólo yo veía. En ese momento desperté de su sueño, pues yo dormía mientras ella soñaba lo que no comprendía.

En alguna forma siempre estábamos juntos en mi cabeza, sentía su contacto de manera permanente, más que recuerdos y sueños, era una presencia, una especie de segundo plano mental, creado solo para ella, desde el cual su imagen saltaba hacia mi consciencia, sin que esta pudiera defenderse y, en esos pensamientos fugaces, yo reconocía la constancia de su recuerdo y la potencia de mis sentimientos. Necesitaba hablarlo con alguien, en realidad yo quería hablar de eso con todo el mundo, todo el tiempo, pero como no era posible recurrí a

III

un amigo en quién sé que puedo confiar y por el que siento gran aprecio, es un tipo muy especial, que parece separado de todas las consideraciones corrientes.

- Miguel, que bueno que viniste. Tenía muchas ganas de hablar contigo.
- Hola, ¿como no iba a venir?, me gustaría saber a qué debo el milagro de que me llamas.
- No es un milagro – le dije –, es la excepción a esa regla tonta de hoy, según la cual para lo único que no hay tiempo es para lo importante.
- ¡Ah!, veo que vas abrir este dialogo con densidad instantánea, bueno, sabes de sobra que ese estilo no me molesta, mientras te encuentres en condiciones de soportar las alturas.
- Definitivamente no me encuentro en esas condiciones, te llamé porque necesito que me ayudes a aclarar algunas cosas que me tienen muy complicado.
- Creo, entonces, que esta conversación debería desarrollarse en el Balcón. -El Balcón es una pequeña cofradía que creamos con Miguel en los años en que existía lugar para las personas con independencia de sus trabajos; consistía en una tertulia semanal cuya única regla era decir la verdad, pero de manera bella, por dura que pudiera ser.- ¿Qué te ha pasado?
- Muy bien vamos al punto...- en menos de un cuarto de hora le expuse los hechos, que me preocupaban. Sin embargo, me cuidé bien de ocultar todo aquello que pudiera revelar algo sobre la orden secreta de Idil, todo se lo comenté como si fuera una emoción que había nacido en mí a partir de mi encuentro casual con una mujer. La respuesta de Miguel fue sorprendente.
- Maravilloso, has encontrado el Despertar de los Comunes. Creo que podrías aclarar muchas cosas si supieras algo de la Hermandad de Idil.
- ¿Qué es eso? -pregunté para esquivar el asunto.

III

- Es un mito, ¿qué otra cosa puede ser la verdad en un mundo como este? –dijo Miguel con su habitual relajo.
- Deja de jugar y dime de qué se trata.
- ¡Vaya si eres una cosa verdaderamente extraña!, acabas de ingresar a la orden más oculta que existe y a la primera ocasión que tienes delatas tu filiación con los gestos, la impaciencia y un dejo de poco natural descontrol –Miguel sonreía burlescamente.
- Vamos, no creas que soy tan torpe como para comenzar contigo un juego de mentira-verdad, motivado por tu absurda curiosidad –le dije indignado-, yo no pertenezco a ninguna orden de nada, solo quiero que me ayudes con esto que me pasa.
- Esta bien dejémoslo así, que quieras que te diga, si no conoces Idil yo no voy a instruirte, aun yo sé ocultar a mis interlocutores lo que seguramente ya saben. Creo que te encuentras en uno de los pocos senderos verdaderamente interesantes en la vida de un hombre. Pocas veces, si tienes suerte, podrás enfrentar una situación cuya naturaleza sorprendente te despierte.
- ¿A qué te refieres?
- Me refiero a eventos que permitan a una persona salir de ese maldito estado de coma en que vive la gente.
- ¿Podrías ser más claro?
- Digo que la gente vive dormida, lo hace en cama, es decir decentemente, o lo hace durante el día, trabajando, pensando, leyendo o amando. Todo el tiempo la gente está dormida, acostumbrada al devenir cotidiano, requieren de algo en verdad sorprendente para despertar.
- Pero, ¿es posible que alguien esté dormido sin darse cuenta?

- No es necesario que bajes el nivel de esta conversación con preguntas tontas –me dijo-, por supuesto que es posible y no sólo posible sino extremadamente frecuente, ¿cuántas veces te das cuenta de que estas soñando mientras sueñas?
- Bien concedidos ambos puntos, el del sueño y el de las preguntas idiotas. Explícame un poco sobre ese despertar del que hablas.
- Eso es un poco más difícil de abordar, veo que conservas esa vieja y odiosa manía de preguntar cosas de las que sabes al menos tanto como tu interlocutor, pero en fin, tiene que ver con la naturaleza del ser humano. – se acomodó en el sillón, estirando las piernas, se sirvió un vaso de whisky y sólo cuando le hube traído el hielo siguió hablando –...como te decía, esto de velar es, en alguna forma, una de las metas que el hombre debe alcanzar, si observas a los seres humanos lo primero que ves es su natural vocación de infinito, luego descubres su casi extraordinaria idiotez, comprenderás que ambas cosas no deberían estar juntas en un solo ser, ya que representan una imperfecta contradicción.
- Miguel, por sí no te has dado cuenta no tenemos tiempo para juegos.
- Yo no estoy jugando, si lo prefieres puedo dedicarme a mi Whisky y dejar que tú, con toda tu seriedad, resuelvas tu problema, ¿me dejas seguir?
- Esta bien, hagámoslo como te parezca.
- Estaba explicándote que idiotez y vocación de infinito son instancias contradictorias que podrían llegar a ser mutuamente excluyentes dentro de una lógica elemental, esto incluye la tuya.
- Mi viejo...
- Bien, bien, continuaré con lo mío. Si esas dos cosas coexisten en el hombre, entonces, debe haber algo que lo explique, ese algo es el sueño, el hombre está dormido y, por tanto, se encuentra, en cierta forma, desconectado o conectado parcialmente con la realidad, el estado de vigilia es, por el contrario, una forma de total consciencia de esa

realidad, allí el hombre descubre la energía creadora que le rodea, esa que llamamos amor, y comprende el funcionamiento total del universo. En esa condición el hombre encuentra no sólo lo presente y lo pasado, sino también aquello que le espera en el futuro, la forma en que el universo funciona, el lugar que dentro de él ocupa y percibe la presencia de Dios.

- Creo que te entiendo, me gustaría que me entregaras tu opinión específica sobre lo que me ocurre y sobre la forma en que tú crees que debo enfrentarlo.
- Voy a hacerlo si me dejas seguir, lo que te pasa, es algo totalmente simple, te has topado con una sensación poco usual y por un instante la novedad te despertó, experimentaste una percepción global del universo mediatizada por un objeto, en este caso un objeto en verdad encantador.- se detuvo para fumar y beber, se acomodó de tal forma que pensé que se dormiría.
- Sigue hablando viejo, creo que es interesante.
- No estoy muy seguro de que las cosas interesantes puedan hablarse, pero en fin. El universo entero es la creación de un ser perfecto y, por tanto, es igualmente perfecto en cada una de sus partes, si la conciencia se abre y ve la realidad total de alguna de ellas, entonces, se maravilla ante una belleza insospechada e indescriptible, en el fondo, esa mujer te ha despertado por un instante y la has visto, por medio de esa visión se te ha revelado el cosmos, tu don está en verla, es posible que ella también se de cuenta de que la ves de esa forma.
- Lo que dices es en verdad hermoso, pero ¿qué es lo que ha fallado?, tú sabes que yo conozco algo sobre el estado de vigilia, buscado por casi la totalidad de las ordenes iniciáticas en uno u otro momento, muchas veces justificación de la necesidad del hombre de pertenecer a dichas agrupaciones y blanco de la búsqueda mística, supone un estado de elevación, de paz y energía, de total conciencia muchas veces representada por la luz,

III

sin embargo, en este caso se encuentra mezclada con colores diversos, es como una aurora boreal en que extraños matices tiñen la noche con una magia especial. Tiene algo de animalidad nasal, de feromonas, de memoria sensorial y arcana, algo suave se desliza por mi cuerpo cuando la veo, algo que paraliza en particular éxtasis para volverse brutal con la distancia, se hace carne y deseo, confusión y delirio.

- Lo que te pasa no es más que un ligero traspies de la naturaleza, un problema que, por supuesto, debes conocer en teoría y eres incapaz de reconocer en la realidad. A veces en verdad me asustas, pareces universitario.
- Soy tan universitario como tú, cosa que queda bastante clara en tu forma prístina de quitarle la magia a cualquier cosa que la tenga.
- Bien, bien, basta de bromas. La máxima expresión del espíritu es el amor, somos criaturas maravillosas salidas de la mano de Dios, por tanto, a nadie le falta el encanto supremo, solo que la mayor parte de nosotros somos ciegos a nuestra naturaleza divina. Cuando se ingresa en ese estado vígil y se contempla al otro, entonces el espíritu reacciona con lo más elevado que tiene, es decir con amor, en una de sus formas más puras y que, por supuesto, no se relaciona en nada con esa tonterita genital que es tu concepto básico de amor. Ahora bien, tu cuerpo no tiene como decodificar el placer que produce tan fantástica contemplación y hace lo mejor que puede, es decir, desea sexualmente aquello capaz de provocar semejante sensación. Debes saber que lo único digno de ser conservado de nuestro ser material es el deseo, máximo triunfo de la carne. Lo que me parece extraño es tu forma de enfrentar la situación, parece ser que te encuentras en un estado de transición muy especial.
- ¿A que te refieres?, a mí me parece de lo más natural que cuando algo rompe la cotidianidad el sujeto reaccione de maneras un tanto excéntricas.

- Estoy de acuerdo contigo en eso, pero esto es algo un poco más complejo, dado que la excentricidad, para usar tus términos, de tu conducta no es provocada por aquello que ha quebrado la rutina inútil de tu vida ( sí mi viejo, ya se que no es necesario introducir el realismo en el relato) sino por esa suerte de tentación febril que te asalta por esa mujer, como decirlo sin que te hiera, ligeramente más joven, digamos que solo lo suficiente para ser tu nieta (está bien sólo tu hija, ¿por qué te enojas?). En realidad tienes un conflicto moral, claro, eres un hombre “felizmente casado”, que hermosos y originales eufemismos puedo usar cuando quiero ¿no te parece?, y, por tanto, tu moral victoriana te impide el goce cotidiano de un hombre soltero, que también se permiten los brutos ya casados, a su manera brutal, y del cual degustan algunos bocados los refinados estómagos que, como el mío, después de recorrer mundo suficiente, han aprendido a apreciar los bellos excesos. A partir de esto puedo concluir que te encuentras en un punto medio de la evolución, entre las bestias y yo.
- Dentro de tu estilo, barata copia de mi verbo natural, expresas una situación real de una forma en la que yo no había pensado, también es interesante tu perspectiva Darwiniana según la cual el hombre evoluciona desde el bruto a algo bastante peor.
- Bueno, deja de interrumpirme, creo que me llamaste porque necesitas mi brillante consejo y no para que alguien en el mundo escuche esa cosa coprolálica que llamas, cariñosamente, tu discurso. Mi consejo es: deja de pensar y fluye hacia donde el destino vaya, si te metes con ella bendice la experiencia con una maravillosa indiferencia a la culpa, ya que no tendrías derecho a manchar tan exquisita vivencia, claro está que cuando pienso en tus gustos la experiencia de meterme con alguien que a tí te agrada me parece horrible, ahora bien, si nada pasa no será tu responsabilidad y, por tanto, nadie podrá decir que has dejado de ser un caballero al huir cobardemente del placer.

III

- Miguel, pese a lo naturalmente desagradable que es siempre hablar contigo, te agradezco el consejo, aún cuando no resuelve para nada mi confusión, lo seguiré ya que en realidad no me queda otra alternativa.

La conversación hubiese podido continuar por horas, sin embargo, a contar de ese momento Miguel se dedicó a tratar de meter su lengua en la botella para extraer la última gota del whisky, luego al retirarse cogió uno de mis mejores vinos y lo guardó en su bolsillo especial, según él, como un bonito recuerdo de su visita a mi casa, y se fue sin despedirse.

A veces los consejos más simples pueden convertirse en verdaderas profecías y Miguel, ciertamente, es el tipo de personas con ese don especial de clarividencia que permite, más que opinar, predecir la forma en que los sucesos deben desarrollarse y, lógicamente, su simple “déjate fluir”, tan común en nuestro tiempo, resultaba ser la única alternativa verdaderamente viable y, por supuesto, estaba dentro de lo que yo esperaba me dijera.

Un buen consejero siempre indica cosas realizables para sus interlocutores, descubre de manera intuitiva la esencia de la constitución psíquica de las personas, luego va a la sociedad e indica aquello que armoniza las posiciones del sujeto y su entorno, primando el carácter individual y la libertad del sujeto, más allá de la simple norma vulgar que permite que estemos de acuerdo con respecto a qué es lo correcto, socialmente hablando. Cuando alguien pide consejo, generalmente, siente cierta incomodidad con las normas comportamentales que su grupo social considera adecuadas en esa situación, creer que no sabe que es lo “correcto” es menospreciar a quien a nosotros acude y nos convierte en consejeros vulgares. Miguel ciertamente es incapaz de toda vulgaridad y domina el arte de situar espléndidamente los lugares comunes. Dejarse fluir no es en modo alguno dejar pasar el tiempo y permitir que nos arrastre, ya que en ese caso no son los sujetos los que fluyen sino la vida y quienes así lo entienden sólo hacen lo que quieren para terminar en lugares que jamás pensaron. Dejarse fluir implica un estado de alerta, una disposición al destino

III

desprendida de nuestras trabas y apegos, significa dejar al ser liberado a sus propias potencias y no aferrado a la inmovilidad a que predisponen las costumbres, los miedos y las fijaciones, es una forma de estar en cada situación, viviéndola en presente y actuar con lo mejor de nosotros en consecuencia directa de aquello que se nos presenta.

La paz sutil y quejumbrosa de una tarde de otoño, puede fortalecer las almas errantes en un mundo veloz a cuyo juego constante no escapan. Puede denunciar lo accesorio y separar el ser de sus particulares circunstancias, permitirle mirar desde fuera la vorágine de una vida cuyo sentido había perdido entre la inmensidad de la sobrevivencia, puede cobrar, en un instante, la potencia creadora, descarnada, que faculta la acción y determina el destino. Permite descubrir que las situaciones que en suerte nos tocan, no implican determinismos existenciales ya que estos sólo dependen de la naturaleza del ser, materializado en la unión del soplo vital y el polvo.

La vida debería sernos un milagro en extremo familiar, sin embargo, ¿quién la comprende?, parece ser un acontecer, en el que nuestra participación tiene, simultáneamente, el carácter de lo marginal y lo protagónico, siempre le parece vulgar a quien la experimenta y extraordinaria a los que la contemplan desde lejos. La mía siempre me pareció un tren, de clase corriente, en el cual yo era un pasajero. Poco o nada podía variar su destino o sus estaciones y la actitud que me parecía más sabia era la contemplación del paisaje en la ventana, escena especial ya que también mi reflejo en el vidrio integraba la imagen. A veces creía que cambiarlo todo era tan simple como bajar en una estación cualquiera y construir allí mi casa, o tomar otro tren. Siempre me faltaba el valor de dejar este, mi tren, mi carro y mi asiento, perder el dinero invertido en el pasaje, siempre caro. Las relaciones interpersonales constituyen eventos frecuentes de características claramente definidas, la mayor parte de ellas se establecen con otros pasajeros que comparten, o creen compartir, la misma dirección y destino. Esto crea un lazo de compañerismo. Dirección y destino son valores y principios.

III

Se tiende a menospreciar otros recorridos que nos son ajenos y extraños. Las otras interacciones, las menos, se dan con sujetos que vienen a vender sus mercancías, con aquellos que se aproximan para despedir a alguien o con esos que sólo viajan momentánea y circunstancialmente en nuestro vagón; son estas últimas relaciones las que tienen ese aroma sutil de tierras lejanas, que desde nuestra nariz siembra sueños. Es el tiempo y la observación forzada la que nos hace comprender que el viaje no es uno, sino tantos como pasajeros lleva el tren. Vemos en cada estación bajar y subir compañeros que, aún desde nuestro mismo asiento, tienen destinos diversos. Volvemos a nuestra ventana y siempre estamos atentos, aún dormidos, al cambio en el paisaje. A veces las horas y los días parecen perder el sentido, ante monótonos escenarios que no varían en la continuidad aterradora de luces y sombras, entonces, nuestra mirada cansada descubre, una vez más, su reflejo en ese cristal y allí nos vemos cambiar, nos vemos pequeños o grandes, horribles o hermosos y nos asombra nuestra mutabilidad frente a lo inmutable. De pronto ese conocimiento se torna en saber y comprendemos que no es el tren nuestro problema sino la mirada.

Mi tren era el deseado por los padres, iba, curiosamente, desde lo correcto a lo correcto. Primero desde el nido a la escuela, haciendo un largo rodeo para no penetrar en el territorio peligroso de la “mala junta”, luego, de la casa a la universidad, pasando sobre el acantilado de la vida, por último, del estudio al nuevo hogar y el trabajo, rodeando el cerro, para no subir la cuesta de lo excéntrico y la locura. Feliz, en cómodo sillón de primera, sereno y reposado, eso se veía en mi ventana, ese era mi paisaje, pero mi reflejo en el cristal fue “mala junta” y vida, excentricidad y locura. Por años la cabeza baja, alejada de la ventana y perdida en feroz lectura, llena de otros trenes, años entre pasajeros ocasionales, entre la enfermedad y la cordura, de pronto dejé de pensar en el tren y este se desvaneció como si nunca hubiese existido, quedé solo, yo y el paisaje, conservé el vidrio de la ventana y en brutal resolución decidí seguir este, mi viaje, único, entre el más inacabable de la existencia.

Decidido, en un mágico acto de fe, hice desaparecer el tren para sentir la brisa y el agua de la lluvia, que ahora despeinaba mi cabello, mientras el sol tostaba la piel que la noche refrescaba, fue entonces cuando entre las nubes de esa poderosa vitalidad surgió el rayo de Idil y vi mi responsabilidad sobre mí cambio y vi el poder de mi mirada en el multiforme determinismo del infinito existencial inmutable, ¿cómo puede cambiar lo ilimitado?

Somos una cosita tan extraña, ¿qué hace nuestra materia con nuestro espíritu? parece ser que lo enmarca, le entrega emociones especiales, y casi ajenas, que lo llevan a un juego desconocido y fantástico, le da nuevos parámetros comprensivos, estrechos e infinitos, la vida es un juego que se extiende más allá de nuestra posibilidad cognoscente y lo fantástico también tiene en ella su lugar.

La primera vez que la vi ella era una niña, una preciosa niña, fantástica en su inocente y simple complejidad, sumida en un mundo poco hospitalario sobre el que no tenía control, se veía asfixiada, comprimida y sola. Venía del engaño y la traición, desde la mentira cruel que adorna con espinas la vida de los ángeles, asustada y desprotegida, a buscar mi ayuda. Ella esperaba un milagro en el que no creía, pero era fuerte y luchadora y si existía una posibilidad de alejar el dolor ella estaba dispuesta a probar, aun cuando estaba demasiado extenuada para desarrollar el trabajo que el tipo de ayuda que yo podía ofrecer exigía. Yo, por mi parte, no disponía de demasiados recursos en ese tiempo y me sentí impotente ante esa silenciosa petición, que no llegaba a expresarse en palabras, ante esa miradita pequeña, ante el suave brillo de esa tímida esperanza. Me hice pedazos en mi impotencia. Dios, tú sabes cuanto quería ayudarla, ¿cómo podía cambiar el mundo y transformar las situaciones que la atormentaban? debía hacerla más fuerte, entregarle armas para la lucha que enfrentaba, curar las heridas de su alma, y no era capaz de ponerla ante la vida, me parecía que el mundo no la merecía y que ella no merecía el dolor que el mundo gustoso le daba. Creo que en algún momento dejé de querer curarla, como el psicoterapeuta que era, y solo

III

quise protegerla, tal vez inconscientemente, quería darle un escudo para que el mundo no pudiera tocarla, reí con sus heridas para que le parecieran menos horribles y comencé a quererla de una forma que me era extraña y que aún lo es, me fascinaba mirándola, reíamos juntos y su risa era una bendición para mí alma. Fue en ese momento cuando me abrió su corazón, algo sencillo y maravillosamente inocente, entre un listado de cosas que le ocurrían en la semana se encontraba la frase “me doy cuenta que me gusta mi psicólogo”, imaginen que podía yo hacer ante semejante maravilla, ¿correr y abrazarla como hombre? ¿Para qué?, ¿para convertirme en otro más que la deseaba y que le brindaba una mano llena de intereses propios? Yo no era capaz de hacer algo así y menos a ella, mi pequeña de sueños, entonces volví a reír, le dije que ella me encantaba, que lo que le pasaba era normal dentro de un proceso psicoterapéutico, pero que, viniendo de ella, resultaba especialmente hermoso para mí, que no había nada malo en ese sentimiento y que yo, tal vez, sentía lo mismo, pero que eso no era lo importante, sino el hecho de que estábamos juntos, trabajando por su felicidad, que no eran necesarios los besos, sino la compañía, los abrazos desinteresados y nuestra amorosa unión. Yo comprendía lo difícil que para ella debió resultar aquella inocente confesión, sobre cuantos temores debió pasar para revelar ese amor adolescente, el más real que se pueda sentir, la ví callar y ruborizarse, mi corazón se retorció por abrazarla, pero quería salvarla incluso de mí y frente a eso ¿qué importaba lo que sintiéramos?, ¿qué importaba lo que yo sintiera? Si eso podía dañarla, entonces yo no lo quería, aún cuando sabía que siempre soñaría con ese beso que no le di.

Recuerdo un detalle sencillo ocurrido una tarde. Después de la consulta caminamos juntos para tomar el metro y yo compré cigarrillos, un paquete para ella y otro para mí, ella me dijo que nunca nadie le había comprado cigarrillos, no saben como quería abrazarla en ese momento y decirle que, desde ahora, todo estaría bien. Después el tiempo, y a veces creo que también su necesidad de darme algo, nos separó, ella no volvió a nuestras citas y claro

III

tampoco la ayudé mucho. Algo, sin embargo, me tenía sereno. Yo creía que ella sabía que yo la quería, que la amaba mucho más de lo que ningún hombre iba a quererla jamás, ya que la amaba más allá del hombre que yo era y más allá de la mujer que ella empezaba a ser. Debo reconocer que algo dentro de mí me decía, ya en ese tiempo, que esto no quedaría sólo así y que nos volveríamos a encontrar, para compartir esto que nos había sido dado.

Idil fue el tiempo y el espacio en que la volví a encontrar, en un momento de mi vida en que, una vez más, todo era imposible para nosotros. Esta vez no nos separaba un rol ni un tiempo, cuanto hubiese querido que esas excusas santas me salvaran de mi propio sentir, esta vez era la vida la que se interponía. Debo decir, otra vez, que nuestro encuentro se generó en el terreno de lo inevitable, a través de la coincidencia ineludible, que nos habla del destino y su realidad. Lo terrible era que algo, dentro de mí, me impulsaba a continuar con esto; con independencia de todo lo que se nos opusiera, mientras mi conciencia luchaba tenazmente contra el deseo. Recorrí todos los senderos que fui capaz, buscando uno que me condujera a ella y no lo encontré. El destino, la cruel casualidad y el miedo, se opusieron con esa fuerza natural contra la cual el hombre no es sino un títere impotente. Entonces busqué la respuesta en Idil. Pasé días y semanas intentando establecer contacto con él, con ese tipo extraño que burlaba la realidad y que me llevó a Idil. No faltaron las ocasiones en que logré verle salir del lugar en que se desarrollaba la ceremonia anual de los sobres, a la cual yo estaba invitado para el próximo año y para todos los que vinieran, lo seguía pero irremediablemente lo perdía, al doblar una esquina, o cruzar una calle, parecía desvanecerse. En ese periodo pude constatar que la ya mencionada ceremonia se desarrollaba casi a diario, con distintos participantes que se repetirían, con total seguridad, el próximo año en la misma fecha. A partir de eso y de mi experiencia inicial con la orden, comencé a vigilar a los iniciados, esperaba encontrar a un principiante, a alguien que acudiera por primera vez. Sabía, por lo que yo había vivido, que seguramente él lo contactaría en un momento

III

posterior y yo podría atraparlo con la guardia baja, él no esperaría que alguien le buscara en la casa de alguno de los nuevos hermanos. Un sujeto pequeño, joven, de aspecto tímido, fue el que escogí para mi objetivo. Le seguí durante semanas, llegué a conocer cada detalle de su vida, era un empleado de oficina, de esos en cargos de “responsabilidad” y que jamás ascenderán en la escala jerárquica de la empresa, casado como yo, endulzaba su vida, por lo demás corriente, con las atenciones de su mujer. Todos los días la misma rutina; siete treinta de la mañana: salir camino a la oficina, tomar una micro llena, hedionda, para volver a casa a las diecinueve horas, exhausto, en una micro no menos atestada ni menos asquerosa, cargada de olor a personas que no tienen nada que los impulse a cuidarse, ni a la higiene. Sin embargo, él siempre se perfumaba y peinaba con la misma corrección que debieron tener sus abuelos y que sus jefes seguramente jamás notaron, “como te ven te tratan” dice el refrán, yo le añadiría “sí es que te ven”. Nada en ese hombre hacía sospechar un secreto de la magnitud del que revela Idil, una pasión antigua, sagrada y prohibida. Yo conocía su misterio y esperaba, siempre a su espalda, el momento en que \_\_\_\_\_ se presentaría. Dejé de trabajar, estuve mirándole en su oficina, en su micro maloliente y velando su sueño durante tres semanas y luego él apareció, ¿cómo llegó?, ¿por dónde vino? No lo sé, sólo sé que de pronto estaba hablando con el pequeño oficinista, una conversación larga, aparentemente serena y que seguramente estaba remeciendo la vida de ese hombre. Terminó el diálogo y él, en lugar de desaparecer, de desvanecerse en la nada, como yo esperaba, se fue caminando hasta la esquina, antes de que doblara le salí al paso.

- Por favor no vayas a desaparecer.- eso parecía una broma pero él sabía que yo hablaba en serio, casi desesperado.
- No lo haré, eres un hombre tenaz.
- Lo soy.
- Bien, eso es bueno, ¿qué ha ocurrido con tu trabajo?

III

- ¿Por qué me preguntas eso? Yo soy el que quiere respuestas.
- Sólo quieres preguntar tú, me parece injusto.
- Está bien, aun cuando pienso que yo tengo más derecho a preguntar, dado que sólo quiero saber exactamente en qué estoy metido y que tú me metiste en esto.
- Con tu tono ligeramente hostil, que puede llegar a ser atrocemente hostil, no vamos a llegar a ninguna parte.- hablaba serenamente, muy tranquilo, como si me hubiese estado esperando.
- No he ido.
- ¿Qué?- me pregunto un tanto sorprendido.
- Que no he ido, al trabajo. Estoy de vacaciones.
- ¿A qué se deben estas vacaciones fuera de temporada?
- A que tenía que encontrarte.
- ¿Y por eso abandonas tus obligaciones?
- Suenas como mi madre, a veces se debe arriesgar algo para lograr lo que queremos.
- Cierto, ¿por qué me buscabas con tanta urgencia?
- Porque no entiendo esto de Idil y creo que lo que me pasa me hace mal.
- Si piensas en todo lo que te ha pasado, en las cosas que has pensado y en las conversaciones que has tenido, no deberías estar tan confuso. Estoy seguro de que has ganado mucho después de iniciarte en Idil.
- Tal vez tengas razón, pero no se qué es lo correcto ó qué esperar, no se si mis ideas y mi forma de comprender las cosas es acertada o no.
- Puedo asegurarte que lo es. Idil es el camino de los comunes (cosa que ya te dijo ese bocón de Miguel Ángel, "La plaga") y son exactamente ellos, personas sencillas, los que se elevan por esta ruta, no es un camino teórico, ni de fe, es la ruta de la experiencia y en ella nadie se puede perder, Dios no lo permitirá. En los territorios de Idil la gente va por

III

un laberinto en donde solo hay un destino posible, puedes tardar y desviarte pero al final llegarás.

- ¿Tú conoces a Miguel?
- Conozco a muchas personas, pero, a decir verdad, todos conocen a Miguel.
- Vaya tipo, ¿no te parece?
- De acuerdo, ¿vamos por un café?, yo se que eso te agrada y esta conversación será larga.- me hablaba con un tono muy amistoso, como si nos conociésemos desde siempre.
- Gracias.- yo no sabía que otra cosa decir.
- Vamos.

Llegamos a un pequeño café bastante atípico, con una suave música clásica, salida de un soberbio violín en manos de una mujer etérea, casi imperceptible detrás de su instrumento, con un bello decorado, no menos clásico que la música. Todo invitaba al desarrollo de esas conversaciones serenas, en las que los comunicantes flotan entre teorías y explicaciones de un mundo del que parecen haber salido para no volver. En esos ambientes lo trivial es sólo vulgaridad y, por tanto, no tiene espacio en el diálogo de los caballeros. Era uno de esos lugares en que nos liberamos de la moralidad, sin cometer jamás una inmoralidad y podemos ser expertos amantes sin haber estado con ninguna mujer. Los espacios como ese invitan al despliegue suave del intelecto, que no esta trabajando sino extendiéndose por sobre los sujetos que se creen sus dueños.

Un hechizo suave, que parecía humedecer la luz tenue de las pequeñas y elegantes lámparas de parafina que brillaban en cada mesa, me envolvió. Las mesas de fina madera gastada por el tiempo, los añosos y elegantes mozos que servían el café sin que siquiera nos percatáramos de su presencia, el majestuoso reloj detenido sobre una barra de bar, decorada con avisos que, al igual que él, recordaban algún recodo de las horas hace mucho olvidado, invitaba a no pensar en el tiempo que en ese lugar parecía no existir. Las cucharillas

III

de plata y la vieja vajilla inglesa, que alguna vez ostentó decorados de oro, las aterciopeladas sillas y el magníficamente acogedor cortinaje, la discreta distancia entre las mesas, el tono calmo de las voces, el código de pequeñas y sutiles señales que indicaban otra taza. Las caseras galletitas y la soda, en vasos cuya limpieza hacía casi invisibles, todo sedaba, adormecía, relajaba. Mucho después yo sabría que ese lugar sólo puede ser visitado por los miembros de Idil y que nadie de fuera de la orden es capaz de encontrarlo. El odio, la ira o el miedo no podían penetrar allí. En ese lugar encantado reanudamos nuestra conversación, que por alguna razón me parecía muy lejana y casi olvidada, él comenzó a hablar y por primera vez sus ojos terribles me parecieron dulces, acogedores en la casi insostenible solidez de esa mirada.

- Repetir y repetir lo mismo en todas las formas posibles no es una cosa agradable, aún cuando pueda ser un buen método pedagógico, pero yo no soy un pedagogo sólo soy uno de los guardianes del ritual, por eso espero que no pretendas salir de aquí curado de todas tus dudas, mi rol, como máximo, llega a orientar un poco a los que se desvían demasiado.
- La verdad es que sólo he venido a pedirte eso, es decir, una orientación. Nunca he sido tan ingenuo como para considerarte una persona locuaz, en realidad, no soy siquiera lo bastante ingenuo como para considerarte una persona.- con una sonrisa que parecía a punto de estallar en carcajada me dijo.
- Comencemos por aclarar eso último, aunque te parezca raro soy una persona.
- Si claro y es de lo más normal que las personas se desvanezcan en el aire y que aparezcan en tu baño justo cuando piensas volarte los sesos, que te fracturen el brazo con un ligero toque de muñeca y que, lógicamente, te fuercen a realizar acciones que ni siquiera recuerdas.

- Debo reconocer que esas cosas no parecen de lo más común, sin embargo, una persona puede hacer eso y mucho más.
- ¿Sí? entonces explícame rápidamente cómo se hace y me ahorraré el dinero del taxi ya que, simplemente, me iré volando a casa.
- Vaya, ¡a ti sí que te gusta jugar!, pero la cosa no es tan simple. Mira, de buenas a primeras y sin ninguna razón, te encuentras dispuesto a aceptar que un mocoso o una anciana ignorante, imbecilizados por las drogas y el alcohol, pueden obtener ciertos “poderes” por medio del simple expediente de pactar con ese tipo de mala clase que llaman Satán, aun cuando nada sepan del espíritu y del orden divino de todo cuanto conocemos y sin comprender siquiera el más elemental concepto sobre maldad y bondad, lo aceptas, prueba de ello es la crucecita de madera con cintita roja que llevas en tu billetera. Claro, seguro dirás que la llevas para protegerte de cosas en las que no crees.
- No, no diré nada de eso, es verdad lo de esa crucecita, que, entre paréntesis, tú deberías ignorar. Pero la verdad es que a veces los escépticos somos muy crédulos en nuestro comportamiento y esas cosas forman parte de nuestra cultura, nos las enseñan desde pequeños, están en las historias de los abuelos y en la cálida conversación de nuestras nanas amorosas, en los patios de los colegios, en el cine, en fin, en todas partes. Vivimos con ellas y, por supuesto, las incorporamos sin cuestionamientos porque están desde antes de que desarrolláramos nuestra capacidad crítica. Pero de la simple creencia y el acto casi ritual, a que pensemos que la vieja de la esquina vuela en su escoba hay un trecho muy amplio.
- Sin embargo, si la vieras volar en su escoba comprenderías el fenómeno, aun desde el marco referencial más absurdo y lo asimilarías sin mayores complicaciones. Algo así como cuando sin el menor asomo de burla las personas declaran haber escuchado al tue-tue.
- Seguramente así sería.

- Pues bien, en la misma forma en que se tiende a considerar que los adoradores de la oscuridad adquieren determinados poderes, se tiende también a pensar que los seguidores de Dios son unos tipos, debiluchos, mal alimentados, dóciles e impotentes ante las simples fuerzas de la naturaleza, pero la cosa está lejos de ser así. Nuestro señor Jesús, te habría podido romper el cuello con un suspiro y ya querrías tú la musculatura de Pedro para un día en la playa. Ninguno fue dócil sino con el Señor. La naturaleza en pleno se inclinaría ante cualquiera de ellos con que sólo lo deseara. En realidad nos hemos olvidado de lo que en verdad son los soldados de Dios; olvidamos que todas las huestes Luciferinas fueron expulsadas del cielo en la primera escaramuza de la milicia celeste, hemos olvidado a los exorcistas; el más pequeño de los celestes contra el más grande del averno en un duelo cara a cara, y a los apóstoles sanando. Piensa que para fortalecer tu alma bastaría un segundo en la sangre de un templario antes de la batalla. Equivocados o no, luchaban bravamente por lo que ellos entendían de Dios y JHVH sabe que todas las concepciones que los hombres tienen de él son erradas o incompletas, por lo tanto, Él se da a los que se entregan fielmente a lo que de la divinidad comprenden, por poco, parcial o errático que sea, si es hecho con el corazón y con la mejor de las intenciones, aun en el error, hay santa inocencia y el señor avalará tu mano. Los hombres inmersos en su carne no pueden comprender ni abarcar a Dios, sólo la vanidad nos lleva a creer que lo hacemos.
- Entonces la concepción de Dios que tienen los miembros de Idil, es en principio errónea.
- No he dicho jamás que tengamos una concepción particular sobre la naturaleza del Padre, los miembros de Idil no son tan megalómanos como para pretender el desarrollo de una conceptualización que abarque a Dios; lo que sabemos es que los hombres pueden conocer partecitas de JHVH, es decir, las concepciones humanas de lo divino

pueden ser correctas, pero siempre serán parciales, aún dos definiciones aparentemente contradictorias pueden ser correctas a la vez en el territorio del Señor, cosas tales como justo y misericordioso, uno y tres pueden coexistir en Él.

- En que se basa entonces la orden de Idil.
- Ese es un cuento muy antiguo, creemos que Idil no es en realidad una orden, ni una religión sino una experiencia que los hombres tienen desde que salieron del paraíso, es como una reminiscencia celeste, un pálido reflejo de lo que nos espera cuando volvamos al reino del Señor, una de las muchas experiencias místicas que permiten al hombre cierta proximidad vivencial con Dios. Todo ha ocurrido siempre de manera casual, muchas veces un niño y una niña, pequeños e inmaduros sexualmente, comenzaban a sentir algo en extremo especial, querían estar juntos por lo que sentían el uno en compañía del otro, también pasaba lo mismo en la adolescencia o en otras etapas de la vida, todos buscaban rápidamente una explicación para semejante experiencia y la llamaban, a falta de mejor denominación, "primer amor", todos coincidirán posteriormente en que no hay otra como esa experiencia y que el primer amor deja una marca hermosa en los corazones que el tiempo puede atenuar, pero que jamás borrará. Pocos han reparado en la unicidad de esa experiencia, en su diferencia con cualquier relación afectiva posterior y en que dichas personas permanecen eternamente unidas en esa vivencia maravillosa. No siempre, mejor dicho, en muy raras ocasiones las personas tenían la conciencia lo suficientemente despierta como para comprender que estaban viviendo algo más que una simple relación de pareja y el transcurrir del tiempo generalmente empeoraba la situación llenándola de argumentos sobre la puerilidad e inocencia de ese "primer amor". Dejaban, con los años, de desear su repetición o se volvían incapaces de tales sentimientos. En un momento de la historia alguien se interesó en la naturaleza de esa vivencia y logró caracterizarla, medianamente bien, como algo sublime que se iba más allá de la genitalidad, algo mucho

más global, una atracción tan potente como la sexual pero que no desaparecía con el orgasmo o el malabarismo sexual, sino que se extendía hasta traspasar las barreras y capacidades del ser individual. Además, notó que cuando personas con ese sentimiento tenían una relación sexual el intenso goce que producía la entrega llegaba a casi paralizar los cuerpos y que los amantes parecían perseguir algo diferente al acto mismo, ellos describían la sensación literal de querer incorporar al otro o fusionarse con él, traspasarse en un abrazo que aprieta para retener y ese placer incomprensible, derivado de la sensación de tenerse, se mezclaba con el dolor emanado de la terrible consciencia de que tendrían que separarse. Esto no era porque se tratara de separaciones que tuvieran que ver con el quiebre de la pareja, sino con el sentido más literal y básico de separación, era tan doloroso tener que soltarla de sus brazos y perder la sensación de ser sólo uno, en el fondo los hería su propia individualidad, tan inferior a eso que eran unidos. En realidad esta pequeña descripción es del todo incompleta, sin embargo, sé que tú estas en condiciones de comprender la grandeza de la experiencia ya que la has tenido. A partir de ese hallazgo y de interminables descripciones, recopilación de casos e historias, así como de extensas conjeturas, se llegó a concluir que esta era una experiencia especial, que Dios nos daba y cuyo sentido había sido despreciado y trivializado por los hombres. Largo sería describir como se fue desarrollando nuestra postura teológica, pero los elementos principales de esta se encuentran en que esta vivencia es la forma natural en que se vinculan las almas en el paraíso y que Dios nos la da para que comprendamos algo del cielo y de lo que allá nos espera.

- Perfecto, pero ¿como surgió Idil?
- Bueno la institución, si me permites llamarla de ese modo, surgió cuando se tomó la decisión de atesorar este particular regalo del señor entre los muchos que Él nos da y se pierden, dado que era posible clasificar y tipificar el fenómeno, era medianamente fácil

cuidar que los elegidos le dieran su justo sentido y se enriquecieran de ella y hacerlo se convirtió en la forma en que algunos servimos al Padre.

- ¿Entonces se trata de una especie de secreta misión encomendada por Dios?
- Nosotros no lo entendemos así, creemos que Dios da su oportunidad a cada uno en forma personal y que no nos necesita, sería vanidoso pensar que nosotros lo ayudamos, creemos que Él se basta. Lo hacemos por nosotros mismos, servir a Dios es algo que Él nos permite hacer para nuestro propio bien, es parte de su bondad y consideramos que su consejo de hacerlo se grafica en su mandato "ama al prójimo como a tí mismo". Todos nosotros desearíamos que alguien nos ayudase si estuviésemos dejando pasar tontamente esta experiencia. Como resultado de eso, ayudamos a que las personas se enriquezcan de ella y procuramos que no se dañen en el camino.
- Pero ¿cómo es posible que algo que viene de Dios dañe a las personas?
- Esa es una pregunta verdaderamente importante. Escúchame bien, pero muy bien, nada, absolutamente nada, de lo que vienen de Dios puede dañar a sus hijos y todos, sin excepción, somos sus hijos.- mientras pronunciaba estas palabras sus ojos volvían a tener esa potencia que, a veces, los hace aterradores. Era como si estuviese marcando con todas sus fuerzas la importancia de sus propias palabras, que en sí mismas no me parecían magníficas, sin embargo, no pude desoir el negro intenso que parecía inundar sus ojos azules.
- ¿Por qué es tan importante la pregunta?- Dije con un respeto casi reverente, intentando descubrir su repentino regreso a una gravedad que yo ya creía superada.
- Cada cosa a su debido tiempo, amigo. Sólo soy uno de los guardianes, pronto, conocerás un guía, él podrá ayudarte más que yo. Ahora volvamos a nuestro café, ya tienes lo que necesitas, por ahora.

III

- Pero ¿cuándo y cómo conoceré a ese guía? Tengo muchas dudas y aún estoy algo confundido con todo esto.
- Tranquilo amigo mío, en su debido momento las cosas llegarán. Sólo debes recordar y tener presente lo que hasta ahora conoces.
- Bien, ¿cómo llegaste a Idil?
- En la misma forma en que tú lo haces ahora.
- De acuerdo, pero cuéntame todo.
- Bueno yo trabajaba en...

Desde ese momento la conversación fue muy natural y serena, él ya no quiso profundizar demasiado en casi nada, la descripción de su ingreso a Idil fue muy breve, sólo dijo que era una persona común, algo alejada de la religión, en todas sus formas, y que también para él Idil fue un cataclismo de proporciones, dijo que esa era una de las muchas cosas que les deben ocurrir a quienes finalmente ingresan a la, para utilizar sus términos, “institucionalidad”, un paso posterior a la simple iniciación. Eso me convertía en un candidato, a algo que yo no entendía y que, por supuesto, estaba lejos de desear, eso, aún cuando yo no lo sabía, era otra de las condiciones. De pronto él me dijo que debía retirarse, se levantó y abandonó el lugar, yo pedí la cuenta y se me dijo que estaba cancelada, así que volví a mi casa.

Tal vez por cansancio, o quién sabe por qué, me encontraba sereno. Justo cuando la confusión se había convertido casi en mi estado natural, dormí como nunca y pensé que podría resignarme, sin mayores problemas, a esperar esa nueva reunión que tendría lugar el próximo año. Bueno es reconocer que, de pronto, me asaltaban los recuerdos inoportunos de mi “pequeña de sueños”, pero yo me había acostumbrado a vivir con ella de esa forma lejana, que jamás podría separarnos, a respirarla en vientos oníricos, pletóricos de su suave aroma de sensual inocencia femenina que, de seguro, el mundo le quitaría para dejarlo

III

reservado sólo para mí, en medio de Idil. Sí, estaba acostumbrándome a ese ensueño, algo egoísta, que me daba la sensación de estar mirando la vida desde lejos. Como si le dijera en cada ensueño a mi pequeña, que esta existencia era sólo eso; un corto transitar de seres agonizantes entre lo que perece, que ella tendría que vivir con toda la intensidad que esta existencia soporta, para descubrir que no permite demasiado, ni por mucho tiempo, decirle que se enamoraría, con todo el corazón, de algunos y que se olvidaría con la misma potencia, que se heriría y que, tal vez, dejaría de creer en todo lo que la juventud nos trae de romanticismo e idealismo, que tal vez se vería, muchas veces, pensando que el famoso príncipe azul es un cianótico y que lo azul no es más que el más evidente de los síntomas de la asfixia y que no es príncipe, sino un bastardo con bello disfraz. En medio de todo eso, quería decirle que éramos afortunados ya que teníamos a Idil, que esa fantasía de una noche anual era lo más real que la vida podía darnos. Aunque parezca complicado de entender, era esa misma fuerza la que me serenaba, era una especie de confianza en la experiencia, que iba más allá de todas las urgencias que atormentan cada día a la gente, sin embargo, me preocupaba algo de la última conversación con el guardián: “pronto conocerás a un guía”, había dicho, ya habían pasado meses y yo no estaba tan seguro de querer encontrarme con él.

Llegué tarde a casa esa noche, pensando en qué habría para comer, mi señora se encontraba en casa de unas amigas y llegaría tarde, de pronto, sentado en mi sillón preferido y cubierto por la penumbra, ví a un hombre y casi muero por el espanto de la sorpresa y el propio de la situación.

- No te asustes, creo que me esperabas.
- Es fácil decir no te asustes y no me parece nada gracioso el que ustedes aparezcan tratando de parecerse a los fantasmas o algo así, es que no conocen nada de cortesía o de educación elemental.
- Disculpa, pero pensé que estarías un poco acostumbrado a esta clase de sorpresas.

III

- No tanto como lo estoy a que toquen el timbre o a que concierten una cita por teléfono.
- Acepta mis disculpas, pero esto ahorra tiempo y te prepara para lo demás.
- ¿Es que hay más?
- Siempre hay más mi querido amigo, ahora bien, sino estás listo puedo volver más adelante.

Se inclinó, ligeramente, hacia un lado del sillón y por primera vez vi su rostro, era un sujeto como de mi edad, de rasgos finos pero fuertes y con un mirada distinta pero similar a la del guardián, la pupila desaparecía en el negro intenso del iris, luego, al encender la luz, noté sus particularmente bien cuidadas manos y uñas, así como el oscuro y elegante traje de corte clásico. Algo en él me inquietaba, parecía irradiar energía, poderosa y casi atemorizante energía.

- Después de lo que ha ocurrido en los últimos meses creo estar listo para todo.- le dije.
- Eso pensé, hay algunas cosas que debes ver.
- ¿Podrías decirme tu nombre antes de comenzar con los juegos que acostumbran?, eso nos daría algo más de familiaridad.
- Los nombres no son importantes en esto, pero puedes llamarme Pedro.
- ¿Otra rara costumbre, no dar nombres reales?
- No existen nombres irreales, solo nombres.
- Está bien, Pedro.
- ¿Listo para comenzar?
- Si.

La casa se desvaneció, entre los cortinajes fastuosos que decoraban un lugar distante, con olor a especias. Estábamos allí, entre los humos extraños de pipas aún más extrañas, sentados en el suelo, sobre cojines de seda roja, ante una mesa baja repleta de manjares intensos, que parecían el justo complemento de manteles indescriptibles. Había otras mesas

III

y otros comensales, reían y bebían entre las atenciones sugerentes de hermosas odaliscas cuyas ropas no estaban diseñadas para ocultar sino para exaltar.

- ¿De qué se trata esto, Pedro?
- No es tiempo de hablar sino de observar, las explicaciones vendrán después, ahora bebe esto y presta atención.

Pedro me entregó un recipiente pesado de dorado metal, bebí, algo como el fuego atravesó mi garganta y todo se comenzó a mover con la música enloquecedora de metales y percusiones veloces, disonantes, exuberantes, como un testamento de decadencia babilónica que envolvía el alma en la magia del placer. Desde atrás de una cortina apareció ella, mi “pequeña de sueños”, danzando entre un viento de finas gasas flotantes, entre el rojo furioso de esas gasas, acariciantes, magníficas. Me perdí en la contemplación de sus caderas, que nunca antes me permití mirar, me perdí en las esferas blancas de sus pechos, que parecían entibiar el aire en cada roce, pechos que jamás quise imaginar, vientre y caderas de mujer, en movimiento, entre música y olores indescriptibles, su vientre y sus caderas, ojos que duermen en promesa de total abandono, acercándose a mí, mirándome, danzándose, mil promesas inconfesables en cada gesto. El deseo no fue más algo velado, ni irreal, ni fantástico, se hizo carne entre el sabor dulce de su aliento y la contemplación de su cuerpo deseoso y de sus ojos decididos e incitantes, en una danza cada vez más rápida que se desarrollaba cada vez más cerca de mí, hasta que la distancia entre nuestros cuerpos solo podía ponerla la imaginación, impregnado de su sudor y de su olor de hembra joven ya nada era de sueños, al borde del orgasmo más fantástico, durante horas, en una cima de placer sin caída. De pronto, la música terminó y me vi sentado en mi salón con Pedro sonriendo, su aroma, el de ella, aún impregnaba mi nariz, mis manos y mi alma.

- ¿Qué pasa con ustedes? Justo cuando comenzaba a acostumbrarme y poder convivir con Idil, cuando dejaba atrás los conflictos y creía estar comprendiéndolo todo, apareces

tú y me llevas a vivir esta experiencia, fantástica y aterradora, ¿tienes idea del deseo que despertó tu juego?, ¿sabes, o siquiera imaginas lo que siento en este momento?- le pregunté con desesperación, furioso por la forma en que jugaban conmigo, parecía que querían enloquecerme en confusión.

- Justo cuando el hombre cree alcanzar su meta, es cuando aparece el próximo desafío.
- ¿Sabes lo que creo?, creo que ustedes están enfermos, que juegan a ser santos y de pronto torturan por una especie de placer sádico. Conocen mi moral y saben lo difícil que me resulta este jueguito estúpido de perder el juicio por una mujer, con la que no puedo concretar nada. Entiendan de una vez y para siempre esto que les digo, un hombre de mi atávica e irracional condición moral se transforma en un esclavo con el matrimonio, ha llegado a esa instancia pensando en que será para toda la vida, conociendo lo terrible de un compromiso de esa magnitud, está dispuesto a quemarse en su esfuerzo por cumplir, eso incluye protegerse del deseo que puede venir a estropear todo lo que tiene como propósito vital. No comprendes que soy un sujeto castrado, que ya no puedo jugar con los sentimientos de ninguna mujer y que mi vida no me pertenece, que no sólo es un asunto mío, sino que concierne hasta a Dios, a quien ustedes dicen servir.
- ¡Vanidad!, vanidad en tus palabras y pensamientos, crees en verdad que puedes comprometer, por tu simple voluntad, aquello que jamás te ha pertenecido, tu corazón no está sujeto a tu voluntad, no debe obedecerte sino guiarte. Esto está más allá de tu control, es que no entiendes que Dios te ha liberado de todos tus compromisos, que te ha matado para hacerte renacer libre a una experiencia divina, nunca serás lo que fuiste, ya no puedes serlo, no podrás jamás.
- ¿Qué es lo que estas diciendo?, ¿crees que no se que el corazón no responde a nuestra voluntad?, pues lo sé, pero nosotros sí somos responsables de las ocasiones que le

brindamos a nuestro corazón de encender su fuego y debemos evitar que eso ocurra después de que lo hemos ofrendado en el altar. Algo nos puede conmovir pero nosotros debemos retirarnos antes de que nuestro corazón se encienda, debemos alejar las pasiones bajas de nuestra alma, yo creí que eso era lo que trataban de enseñarme.

- Más y menos, pensamiento pueril, infantilismo de intelecto inferior, blanco o negro, bueno o malo, como si las cosas poseyeran cualidades absolutas. Brutal aberración de limitante humanidad, me das pena, ajustando la realidad a incompletos e inadecuados esquemas. Sobre eso el hombre cimienta su orgullo, homo sapiens; escupo sobre esa banal pretensión. Esto no es bueno o malo sólo es, cualidad esencial del ser incomparable, de la posición sin referentes, condición sine qua non del absoluto. Esto no es más que nada, ni menos que cosa alguna, esto es una vivencia, realidad cruda, no clasificable. La inmensidad del deseo muestra la extensión ilimitada del ser sobre el que florece.

Deseo, animalidad y divinidad que confluyen sobre la existencia y desnudan la limitación de la posibilidad cognoscente. Y tú te atreves a oficiar de juez en el concierto de tu asquerosa pequeñez, recibe lo que se te da, entrégate sin reparos. Hace ya mucho tiempo que debiste comprender que no eres el dueño de los acontecimientos ni de las circunstancias, libre albedrío dirás, pues bien, piensa lo que quieras, hasta allí llega la libertad que te pertenece.

- Basta, ¿qué debo hacer?
- No puedes escapar de estas emociones, no es un asunto que puedas controlar, no te puedes retirar y lo sabes, pues ya lo has intentado, debes confiar y entregarte a lo que te ofrezco sin temores.
- ¿Qué va a ocurrir con mi vida?
- Confía, todo saldrá bien.

III

Yo dudaba de sus palabras, él parecía haber cambiado todo lo que yo había logrado comprender, sin embargo, el deseo ya se había vuelto a posesionar de mi espíritu, creo que más por deseo que por convicción decidí creer en él.

- Está bien, estoy en vuestras manos.- le dije, entre increíbles vacilaciones.
- Así está mejor- su voz había vuelto a ser serena- recuerda que el mal está dentro del hombre y no en su exterior, en tu deseo no hay nada malo salvo la absurda vanidad, que te hace creer que puedes controlarlo todo, nada malo hay en que tomes a la mujer objeto natural de tu deseo, no opongas tus cortas razones a la fuerza organizadora de la naturaleza, ese es uno de los más grandes pecados humanos, tú no controlas ni guías tu vida, no te pertenece, no puedes acceder al sentido de la existencia, y nada sabes del papel del dolor, no debes temer a causarlo ya que a veces es necesario.

En ese momento la puerta se abrió y entró mi mujer, la miré y al volverme, para ver la reacción de Pedro, él ya se había ido. La rueda comenzaba a girar una vez más y yo no estaba precisamente en el centro, todo era vértigo confusión y miedo.

El deseo obnubila la conciencia, todo fluye entre la somnolienta, tibia, e increíble determinación. Es el juego ancestral del instinto, el cazador tras la presa, el que posee y la poseída.

Conseguí hablar con ella por teléfono, le pedí que nos viéramos, esta vez yo no iba a retroceder un solo centímetro ante lo que la ocasión presentara, después de todo esta era mi vida y tenía la sensación de que la estaba dejando pasar, como si fuese una película, en lugar de hacerme cargo de mi responsabilidad en ella, ¿qué tiene de malo un beso? ¿Dónde está el delito en el deseo no buscado? Estaba dispuesto a abrazarla, me lo debía a mí mismo, me sentía cansado de mi cobardía infantil, después de todo son miles, millones, los que, aún en ocasiones menos relevantes, avanzan con total desenfado a los brazos de aquella que se les ofrece y esto no era tan simple. Nunca he sido un sujeto al que el sexo pueda movilizar y

III

llevar a la traición de sus valores o principios, conozco lo suficiente como para creer, en verdad, que ninguna mujer posee algo tan interesante o nuevo como para fascinarme más allá de la racionalidad. Pero esto era algo más que sexo, esto estaba lejos de toda comprensión, no era el placer sensual sino ella entera lo que yo quería y no era un juvenil orgasmo lo que yo esperaba sino unión, una unión que estuviera por sobre los lazos terrenales, algo así como cada uno con su vida, pero sabiendo que existe por allí alguien, dispuesto a abrazarme siempre. Esto sonaba tan trivial, tan a disculpa barata, sin embargo, yo sabía que no se trataba de eso, sino de algo absolutamente extraordinario, tan fuera de lo común que los hombres han dejado de creer en su existencia.

Al verla, las cosas parecen cambiar de orden, imaginen a la más espléndida mujer, vestida con hermosa sencillez, vestido negro de algodón, escote casual, que descubre la magia de un cuello blanco, que se yergue sobre senos magníficos, sandalias de cuero algo gastadas, que adornan pies pequeños, que han caminado y se han marcado con los pasos, un cabello cortado con simplicidad enmarca su cara con descuido natural, un rostro de rasgos finos y fuertes que expresan el alma con mayor facilidad que esas bellezas evidentes, ojos oscuros en los que se pueden leer mil historias, imaginen que pueden ver tras esa mujer a una niña, que pueden comprender como la deben mirar, desear los hombres, entender cuantas veces el egoísmo se ha vestido de amor para ella y tendrán una vaga idea de lo que me pasa al verla. En fin tuve miedo una vez más, miedo de hierirla, miedo a su amor, miedo a la mujer que ella es, miedo a su capacidad de amar, miedo a que me amara y a que algo tan hermoso como mi sentimiento, pudiese convertirse en un imposible, en una herida más, miedo a que me soñara a su lado, miedo a que por las noches pensara en mí, miedo a lo que yo quería tanto. Una vez más nada pasó, una vez más asistí a mi propia huida de lo que ni siquiera había intentado. La ví decir, como entre nubes, que era tarde y que tenía cosas que hacer, la ví levantarse de la

III

mesa y la acompañé a su destino, volví al mismo lugar y pedí otro café con un vaso de fernet, vi llegar a Pedro y miré, sin hablar, como se sentaba en mi mesa.

- ¿Qué condenada cosa te pasa amigo mío?- Pedro estaba molesto, aún cuando su voz no se elevaba yo podía sentir que en realidad gritaba.
- No es un buen momento para hablar.
- ¿Que no es un buen momento?, eso lo decido yo amigo. Mírate, das pena; tomando café y mirando la silla donde estaba la mujer que dejaste ir, sin mover un dedo en favor de tus verdaderos sentimientos.
- No hables de lo que desconoces, por lo único que la dejé ir sin hacer nada para retenerla, fue por mis sentimientos.
- Si, por supuesto, sentimientos muy nobles. Egoatría, “si la toco se enamorará de mí”, prejuicios, “ella no comprenderá la verdadera naturaleza de esto”, vanidad, “que noble soy dejándola ir”, cobardía, “dadas mis circunstancias no puedo responder a una relación de pareja”. ¿A esos sentimientos te refieres?, bueno, sí es así estoy de acuerdo contigo, fue por tus sentimientos.
- No quiero escucharte.
- Haces bien, no debes escucharlo.- era el guardián quien hablaba, había aparecido en el restaurante y todos se habían quedado paralizados, como si el tiempo se hubiese detenido. Pedro lo miró con tal fiereza que por un momento pensé que se lanzaría sobre él. El espacio parecía curvarse en cada movimiento que ellos realizaban, las sombras se deformaban en cada gesto aun cuando sus palabras y actitudes eran tranquilas, mesuradas.
- ¿Que haces aquí guardián?, ¿no deberías estar lamiendo culos, como todos los de tu clase, en lugar de entrometerte en los asuntos de los demás?
- Tú te entrometes en lo que no te concierne, Pedro Botero.

III

- Bravo, pareces un sujeto decidido, ¿qué sigue ahora?, ¿nos lanzamos a una lucha como las antiguas?

- Sí eso quieres, yo estoy aquí.

- Suenas muy impresionante.

Ambos hablaban calmadamente, pese a lo áspero de sus palabras había algo de vieja familiaridad, de antigüedad casi piadosa.

- No es momento de impresionar, ¿puedo saber que quieres con mi amigo?

- Nada en particular, sólo jugaba un momento con ustedes, por placer.

- Tus juegos nunca han sido agradables para nadie Pedro Botero.

- Vamos, amigo mío, no seas ridículamente grave. Estaba recordando viejos tiempos, una simple conquista con elementos mínimos. Un poco de engaño, algo de razonamiento falaz, un toquecito de fuerza vulgar, nada para espantar.

- Eres la quinta esencia del cinismo, una cosa rastrera y artera, siempre en el intersticio, en el rincón.- el guardián no había perdido un ápice de su rotunda seriedad, pese al tono casi cariñoso de su obvio enemigo.

- No es necesario que despliegues todo tu repertorio de elogios conmigo, juvenil criatura, de sobra sabes que no tendrías oportunidad alguna de interponerte si en verdad quisiera burlarte.- Pedro se levantó y comenzó a caminar con total calma hacia la salida. Mientras caminaba agregó - A pesar de todo, debo felicitarte, los mecanismos que utilicé, los mismos de que dispone un niño de primaria, sólo burlaron tu vigilancia durante unas semanas.

- Prueba si quieres, intenta burlarme o dañar a uno de los hermanos.

- Las charlas de este tipo me aburren - gritó Pedro desde la puerta- que despliegue más vulgar de patética pequeñez humana.

- Cuando quieras, algo más de esto yo estaré aquí- el tono del guardián era, ahora, casi divertido, como si estuviese apunto de comenzar a reír.
- ¡Ah!, me olvidaba, amigo,- se dirigía a mí- lamento que nuestra interesante relación durará tan poco tiempo, pero ya vez que este aguafiestas no entiende nada de diversión y, para que no te venga con chismes, sería bueno que te diga algunos de mis otros nombres, a ver cual prefieres, Satán, Diablo, Satanás, Belcebú, etc., etc., etc., etc., en lo personal me gusta Lucifer, por si un día quieres llamarme por alguna necesidad elemental, que estos niños que están contigo no puedan satisfacer.
- El juego terminó.- el guardián hablaba seriamente una vez más.
- Eso lo decido yo, sería bueno que dejaras el tonito ese para alguien a quien necesites impresionar, como tu mujer por ejemplo, talvez logres que disfrute contigo como lo hace con los demás. Solo quiero agregar una cosa- otra vez se dirigió a mí, mientras el guardián se mantenía en concentrada tensión y sin despegar sus ojos del demonio- yo, amigo mío, también soy una creación de Dios. Ahora me retiro, que lo pasen bien.- hizo un gesto gracioso y con un chasquido de los dedos descongeló el tiempo en el lugar, un mozo que llevaba una bandeja tropezó con el guardián, al reestablecerse el movimiento.
- Disculpe señor.- dijo el mozo entre la confusión de platos y vasos rotos.
- No se preocupe a sido culpa mía- dijo el guardián- caminaba sin mirar, por favor cargue el costo de los destrozos en nuestra cuenta.- superados los incidentes se sentó en la mesa conmigo.
- Vaya, esta vez sí que estuvimos en problemas, ¿no te parece?- su tono había vuelto a ser jovial.
- Por Dios, amigo mío, aún me cuesta trabajo hablar.
- No te preocupes por eso, pasará pronto.
- ¿Tú, en verdad, podrías haberlo enfrentado?

III

- No tengo la menor idea, si tuviera que hacerlo lo haría, no conozco cual sería el resultado, pero creo que si se presentaran verdaderos apuros el Padre intervendría y eso solucionaría las cosas.
- Pero hablabas con él como si se conocieran.
- Nos conocemos desde hace mucho y cada cierto tiempo tenemos estos desagradables encuentros, sin embargo, la forma en que lo enfrente lo aburre y por eso se retira, parece estar cansado de la pirotecnia de las luchas mágicas, hoy en día sus manifestaciones realmente peligrosas e intencionadas las realiza desde dentro, ha abandonado las apariciones físicas en casi todas sus formas , en realidad esta fue una excepción y sospecho que decía la verdad cuando señaló que sólo se trataba de un juego, para reírse un poco haciendo uso de elementos básicos.
- Aún tiemblo.
- Es natural, pero vamos a lo nuestro, dadas las circunstancias me he tomado la libertad de auto asignarme como tu guía así que no tendrás que esperar más ¿que te estaba diciendo esa alimaña?
- ¿Puedes actuar como guía?
- Por supuesto, la cosa no es tan rígida, sólo se trata de tener la voluntad de hacer y de disponer de tiempo. Tú estás lo suficientemente avanzado en esto, como para suponer que no se necesitarán muchas horas para asistirte.
- Gracias por tu dedicación.- yo aún estaba algo aturdido.
- Nada que agradecer, vamos, dime ¿qué te dijo?
- Me dijo que yo era un ególatra, prejuicioso, vanidoso y cobarde, que esas eran las razones por las cuales no me decidía a establecer una relación con ella.
- ¿Son en realidad esas tus razones?
- No lo sé, él es muy convincente.

III

- ¿Y qué esperabas siendo quien es?, a ver, vuelve a pensarlo, ¿son esas tus razones?
- No lo creo.
- ¿No lo crees o no lo son?
- No lo son.
- Entonces, ¿cuáles son tus verdaderas razones?
- No quiero que esto nos dañe, ni a ella, ni a mí, ni a nadie.
- ¿Y tú crees que lo que quieres con ella puede dañar a alguien?
- Sí.
- ¿Y qué es lo que quieres con ella?
- No lo sé.
- Ensayemos algunas alternativas, ¿quieres ser su amante?
- No.
- Su novio.
- No.
- ¿Vivir con ella?
- No.
- ¿Ser su pareja en estilo liberal?
- No, nada de eso.
- Entonces, ¿qué quieres?
- Por Dios, no lo sé, te juro que no lo sé.
- Vamos, tranquilo, este es un buen momento para hablar, dime, específicamente, qué cosas te dijo Pedro Botero.
- Me dijo que sí temía que se enamorara de mí, al meterme con ella, eso era vanidad.
- Temes eso.

III

- Si.- bajé la cabeza, sentía vergüenza de mí, no encontraba respuestas, me sentía sucio, me daba asco.
- ¿Por qué te asusta que se enamore de tí?
- Por muchas cosas.
- No te engañes, esa es una manera bella de no decir nada, ¿cuáles son esas muchas cosas que te hacen temer que ella se enamore de tí?
- Bueno, todo lo que viene después de eso. No sólo temo que ella se enamore de mí, también temo enamorarme de ella, si yo la besara- miré al cielo e inspiré, casi pude sentir su esencia- no sabes lo que sería aquello.
- En realidad no lo se, por eso debes decírmelo tú.
- Cuando lo pienso, con sólo pensarlo, el universo se detiene, es como si quisiese llorar todas las penas del mundo, como si en ese beso quisiera sacarla de la tierra y llevarla lejos, a un paraíso que no conozco, a un lugar que no existe, donde pudiera verla libre, feliz. Sin penas ni preocupaciones, sin dolor, sin final, sin la muerte.
- Eso es hermoso, no es lo que te asusta.
- ¿No lo ves?, en verdad, ¿no lo ves? Me asusta no poder vivir sin ella, me asusta ser correspondido y tener que dañar a los demás, a los que se interponen, a mi mujer. No poder evitarlo. Me asusta lo que sigue, lo corriente, los problemas cotidianos, me asusta que esto que siento por ella pueda ser dañado por la vida, por la vida absurda, llena de estupidez que todos llevamos, me asusta lo que vendría, los celos, el egoísmo, el sentido absurdo de posesión, la necesidad de sexo que llega a parecerse a la de comer, por costumbre no por amor. Me asusta lo que soy.
- ¿Qué es lo que estás describiendo?
- Lo que todos vivimos a diario.
- Pero parece algo tan terrible que no entiendo por qué sigues viviendo.

III

- No es tan terrible, en verdad, tiene también cosas maravillosas.
- Después de lo que has dicho, en verdad, no veo esas cosas maravillosas. ¿Podrías mencionarlas?
- Cuando me miro, cuando lo hago realmente, encuentro miles de cosas horrosas, han estado siempre allí conmigo, deberías verme en mis malos momentos. De pronto aparece alguien, que decide compartir su vida contigo y al mismo tiempo te acoge con la tuya, te soporta y cuando menos vales te acaricia con una lágrima, con un abrazo, con un beso, te envía amor desde su silencio, su rabia o su desesperación, te ama cuando no te entiende, te ama cuando la odias, te abraza cuando tambaleas, te levanta cuando caes. Es alguien que está allí, en la cocina, preparando tu comida después del trabajo, tan cansada como tú, está cocinando, cuando tú no quieres ni siquiera hablar, te regala una sonrisa y cuando eres despreciable, vulgar, el último en la cadena de los peores, ella te admira, te enaltece en tu pequeñez. Día a día te dice, con los hechos, que te amará en la vejez, cuando no seas ni la sombra de ese arrogante macho que, a veces, crees que serás siempre, te es fiel cuando no lo mereces. De su fragilidad emerge con fuerza para apoyarte y cuando la vez dormida no entiendes que esa cosita indefensa sea capaz de darte tanto. Sí, en medio de toda la basura de nuestra humanidad, ella ilumina, limpia y restaura, acepta la tortura de nuestro ser corrupto, es un refugio entre los mares del dolor. Hablo de mi señora, ella es dueña, en derecho, mérito y realidad de mi corazón humano. La amo y no quiero hacerle daño, más daño.
- Si la amas, ¿qué te pasa con esta que llamas tu pequeña de sueños?
- Yo no sé, no sé qué me pasa.
- Si no entras en la dinámica de este diálogo sólo lograrás demorar las cosas, debes hacer un esfuerzo por responder las preguntas con cosas que signifiquen algo no con evasivas.
- Creo que a mi pequeña de sueños también la amo.

III

- ¿En la misma forma que a tu mujer?
- No, no en la misma forma.
- ¿Cuál es la diferencia?
- La diferencia es que a mí mujer la amo con toda su humanidad y ella me corresponde de la misma forma, es un amor basado en el conocimiento recíproco, es un amor que acepta deficiencias y no sólo las acepta sino que llega a amarlas también. El amor por mí mujer y el de ella por mí, está lleno de proyectos, de planes de vida compartidos, nuestros caminos están unidos, más allá del simple sentimiento, en cambio a mí pequeña de sueños la amo aún comprendiendo que nuestros caminos son en todo diferentes, es como si supiera que ella debe hacer una vida que es incompatible con la mía. No es un amor que se base en conocimiento mutuo sino en una especie de reconocimiento, como si la conociese desde antes de la vida, desde antes del mundo, es un amor de sabor antiguo, como una corriente que surge entre los dos, como si al estar con ella entrase en un torrente de emociones que habitualmente se encuentra oculto para mí. Siento que si nos juntásemos e intentásemos seguir juntos mataríamos, sin poder revivir jamás, esa emoción de orden divino, como si nuestras vidas debieran permanecer como están, como si el mundo necesitara que estuviésemos separados.
- Bien, ahora sí creo que has dado con el punto correcto, este mundo es una especie de escuela donde debemos realizar algunos cursos específicos, sin embargo, las almas vienen desde el infinito y es perfectamente posible que conozcamos a alguien allá, en el reino de las almas, alguien que por alguna razón debe realizar cursos diferentes a los nuestros, en ese caso sí Dios permite que nos topemos en esta vida, rápidamente comprenderemos que no podemos estar juntos, es decir, hacer una vida común. Esa situación no evitará que nos reconozcamos, que los sentimientos de nuestras almas emanen y que sepamos que algo nos une con esa otra persona, que algo en verdad

Idil

hermoso nos une. Ahora bien, si por alguna razón logramos unir esta vida a esa persona, el sentimiento del alma será desplazado por aquellos que emergen de nuestra circunstancial condición humana y tarde o temprano esa misma humanidad matará la relación. Tienes mucha razón cuando señalas que es un amor que no tiene que ver con la vida, el amor entre las almas no deja lugar al egoísmo, no es posesivo, ni carnal.

- Pero yo deseo a mi pequeña de sueños.
- Sí, pero sistemáticamente sacrificas el deseo por eso otro que intuitivamente crees más grande e importante, de tal forma que no puedes resumir la situación a simple deseo.
- Tienes razón, no es un simple deseo.
- Por supuesto que no, esto es Idil, lo que sientes es lo que nosotros llamamos Idil. Un sentimiento mágico que llena la vida de magia. Un amor que sacrifica todo lo que el amor terrenal resguarda, que no posee límites de tiempo y que siempre espera, que está antes y después de los amores de la tierra, un amor que se lleva en secreto de manera permanente, que tiñe lo cotidiano con simbolismos hermosos que sólo los iniciados pueden ver. Un juego con reglas propias, en donde el universo no es más que un elemento lúdico, es un amor que otorga a quien lo experimenta, el don de interpretar los símbolos desde ese especial referente que es ese amor en sí mismo. El iniciado debe superar etapas de las cuales la primera es ésta que ya comienzas a dejar atrás, es decir, lograr una clara definición de este sentimiento, hecho esto se aleja la confusión para ceder su espacio a la magia.

La conversación se extendió durante horas y yo comencé a aproximarme a la comprensión de todo lo que me ocurría, a la verdadera naturaleza de Idil, recién entonces pude renacer a la nueva luz que iluminaría mi vida. Ahora sabía algo de la gran diferencia que existe entre el simple entendimiento, o la intuición, de la comprensión verdadera de las cosas, ahora estaba listo para jugar el juego. Ese momento de reflexión fue el que en realidad

III

marcó mi deseo y posterior ingreso a la orden como miembro de la institucionalidad propiamente tal, me había resultado tan difícil asumir la vivencia del ritual y tenía tantas resistencias a aceptar que esto no se relacionaba con la atracción normal de un hombre por una mujer que creía que mi experiencia podría ayudar a otros a enfrentar la situación en mejor forma, mientras la de ellos me ayudaba a terminar de aceptar la mía. Era difícil para mí lidiar con fuerzas que parecían tener tres orígenes distintos en los pilares de mi personalidad. Por un lado se encontraba la moral que me impedía traicionar el amor de mi señora, por otro, el deseo de mi sangre y por último el hechizo del sentimiento incomprensible de Idil, como satisfacer a esos tres señores bravos, que reñían por el control de mi vida mientras yo me encontraba paralizado entre sus luchas. Mi concepto del honor no ayudaba mucho, por una parte debía respetar, aún a costa de mi vida, el compromiso voluntariamente contraído en el matrimonio, por otra, no podía dejar de seguir los designios de mi alma cuando estos se hallaban más allá de todo cuanto yo conocía.

Formar parte de la jerarquía formal de la orden me dio acceso a los lugares encantados en donde se reúnen los hermanos y, junto con ello, tuve acceso a muchas y muy variadas informaciones, pero tal vez lo que me resulto más sorprendente fue encontrar a Miguel Ángel “La Plaga”, como miembro de la hermandad, bebiendo el más refinado brandy en nuestro mágico café que, por supuesto, era gratuito.

- Hola, bienvenido al club.- dijo La Plaga mientras levantaba su copa hacia mí a manera de saludo.
- Miguel Ángel, jamás esperé encontrarte aquí.
- Nadie espera encontrarme en lugar alguno, así que no te preocupes por eso, brindemos ahora por tu nueva condición de hermano.- se apresuró a derramar unas cuantas gotas en un vaso para mí y a llenar el suyo.
- ¿Acaso tú también eres miembro de la orden?

III

- Sí, yo soy un guardián, creo que tú lo serás también. Debo agregar que además soy chamán de una tribu perdida en el Mato Grosso, un curandero en África y asesor legal de algunas entidades extraterrenas, pero eso es algo que no quiero discutir en este momento.
- Bien, ya habrá tiempo.- ¿quién puede tomar en serio a “La Plaga”?
- ¿Qué te parece formar parte de nuestra pequeña cofradía?- Me preguntó con tono honesto pero yo no podía dejar pasar la ocasión.
- Me sentía orgulloso, hasta que supe que tú también eras miembro.
- Sí, de seguro te sentías orgulloso y lógicamente después de saberlo te sentiste agradecido, mi pertenencia a esta agrupación sólo se debe a que se necesitaba algo de clase en este lugar ya que últimamente han llegado demasiados tipos de dudosa posición y sospechosa valía, como tú por ejemplo.
- Aquí vamos de nuevo. ¿Cómo es posible que no se pueda establecer una conversación normal contigo?
- Simplemente porque eres un sujeto incapaz de apreciar mi notoria superioridad sobre tí, debes saber que no me siento orgulloso de serlo ya que cualquiera te supera en casi todo.
- Al decir “casi en todo” al menos aceptas que no soy de lo peor en todo.
- Por supuesto, ¡nadie te supera en idiotéz!
- Salvo tú que siempre me superas en todo, de acuerdo con tus propias palabras.
- Basta de juegos infantiles amigo mío, vamos a conversar un poco.
- ¿Puedes hacer eso?
- Voy a ignorar ese comentario, ¿cómo lo has pasado en Idil? Supongo que ahora no me vas a negar tu filiación.
- No muy bien, en realidad me ha sido difícil entender las cosas.

- Bueno, eso no es raro en tí. Además ¿qué estás tratando de entender?, Idil es una experiencia ante la cual sobra cualquier esfuerzo racional, la razón y sus productos, no son más que ilusiones. Ante la misma vivencia cien hombres desarrollan cien esquemas comprensivos distintos y cada uno creerá que el propio es el correcto, yo no caigo en esas pavadas, después de todo, todos tienen la razón, es decir la ilusión.
- Lo sé Miguel. También sé que ese conocimiento me hace responsable de mi propia confusión, pero necesito de un esquema comprensivo, aún cuando sea ilusorio, para no sentir que mi cordura tambalea.
- Déjala caer, no perderás gran cosa, y quizá estés mejor dispuesto a vivir que a pensar la vida. Existen muchas cosas que no se deben meditar sino sentir y apreciar, de lo contrario ¿a qué crees que viniste a este mundo?, si sólo se tratará de entender cosas en lugar de encarnarte habrías recibido un libro sobre la vida en la tierra.- Miguel terminó de hablar hizo una morisqueta aún más horrible que la de costumbre, me asustó y aprovechó mi espanto para quitarme la copa y beberse las gotas de brandy que me había dado.
- ¿Qué diablos haces?- le dije algo asustado.
- Sólo vivo.
- Eres un verdadero animal.
- Lo sé, soy un Homo Sapiens.
- Sigamos con lo que estábamos hablando. Lo que en verdad me preocupa es saber qué le ocurre a ella.
- ¿A quién?
- A mi pequeña de sueños.
- Saltas de un tema a otro, como un mono de rama a rama, ¿y pretendes que uno te siga? Comencemos por lo básico; deja de llamar a esa hembra joven “pequeña de sueños” o voy a creer que eres más idiota de lo que pareces, cosa en verdad difícil. Ella es una

mujer completa, es por eso por lo que logra hacerte sentir lo que sientes, de lo contrario tú serías un pedófilo, estamos de acuerdo.

- Lo estamos.
- Bien, ahora mira dentro de tí hasta que la encuentres. Busca en su imagen, en el recuerdo de su respiración, en la textura de su piel, en cada una de sus palabras, en sus gestos más sutiles, en la humedad de su mirada, llénate de su aroma, de sus recuerdos y emociones, lee en el espejo de tu alma las respuestas que buscas.- comencé a seguir las palabras de Miguel hasta que entré en un estado de contacto total con lo que yo le había robado a mí pequeña.
- Siento que no cree en el amor, mucho menos puede creer en esto que le propongo, lo experimenta casi como si fuese una traición, siento una cierta determinación, como si pensara que ya que nadie se ha jugado por ella, ella no va a jugarse por nadie, ni por nada, salvo por ella misma, siento una ligera inquietud, algo como velocidad, vivir rápido sin arraigarse a las cosas ni a las personas, los afectos hieren y siento como si quisiese escapar de eso, como si ella quisiese escapar, siento que va por lo que quiere sin mirar atrás ni a los lados, siento que eso la protege de sus heridas, pero la aísla.
- ¿Sabes algo ahora que no sabías antes del ejercicio?
- Sí, creo saber que ella siente que todo está bien en la forma en que está ahora, que no comparte la misma percepción de la vida que yo tengo, ella siente que la vida corre sobre rieles y eso le es grato, no quiere saber de dolores. Hablamos desde posiciones tan distintas que yo la aburro, siento que soy cruel proponiéndole esto y que ella hace bien al negarse, evitando el posible dolor. No puedo negar que me produce alegría saber que no está sufriendo en este momento, no importa cual sea la forma en que ha logrado ese bienestar. ¿Cómo puede ser tan ciego?
- Veamos sí en verdad has dejado de estarlo, ¿qué más sabes?

III

- Sé que en verdad la amo de la manera que sólo existe en Idil. Ahora sé que no es mentira, ni una forma bella de disfrazar las pasiones bajas.
- Entonces ¿que vas a hacer?
- Voy a estar siempre con ella, aunque deba ser para ella un recurso de última hora, quiero que sepa que jamás voy a dejarla y que voy a amarla siempre, sin esperar nada de ella.
- Bien mi querido amigo, ya no estás ciego. Brindemos por eso hasta que Dios nos llame.

Sobra decir que después de esas palabras nada coherente volvió a salir de los labios de Miguel en el resto de la noche y que en más de un momento pensé que en verdad brindaría hasta que Dios lo llamase, sin embargo, se paró de pronto, cogió una nueva botella para su bolsillo especial y se fue demostrando que entre los más atroces tambaleos un hombre puede aún parecer un caballero.

Mi vida volvió, poco a poco, a ser normal, el deseo dejó de ser urgente sin que perdiera un ápice de su fuerza con los años, después de todo ella era mi única locura y bien podía pasar como el tipo normal y bien adaptado que siempre había sido. Trabajé como todos, mantuve un hogar digno con hijos amados y bien educados, quizá contemplé con más nostalgia los atardeceres y la fuga cruel de los días que se llevan nuestra vida, pensé siempre en ella y en nuestro secreto que logró darle sentido a mi vida como algo más que el simple paso de lo intrascendente por la existencia de lo insignificante. Siempre la tenía en mi cabeza, ¿en qué cosas debería estar pensando?, la respuesta nunca volvió a parecerme esquiva.

Deprimida, asustada, diecinueve años, incompreensión por montones, sueños, deseos, amor frustrado, sumado a una cuota bastante cruel de realidad. Ir al psicólogo, ¿que diablos será eso?, ¿como va a ayudarme un extraño?, sin embargo, algo me pasa, siento una opresión en el pecho, taquicardias, es como si me fuese a desmayar, o morir talvez, está bien iré a ver si resulta. Algo así debió pasar por su cabeza antes de nuestro primer encuentro, llegar a la

III

consulta y toparse con un tipo que debió parecerle un tanto grande, más por la situación que por la realidad y él le tendió una mano que pronto se mostró desinteresada, en verdad lo era. Primero la ayudó un poco con sus síntomas somáticos y luego la apoyó en su cosa íntima, que extraña debió parecerle esta relación inesperada, luego debió venir algo de confusión, una suave sensación de bienestar a su lado, una ligera insinuación de la mujer que latía tímida en su interior, después, las fantasías de lo imposible, del sentimiento inútil que no conduce a ningún lugar. Mientras, él le hablaba de sus planes de matrimonio, puede a veces Idil aparecer de manera especialmente cruel, el brillo de su amor sin esperanza, en una vida generosa en dolores, debió moverla a la conclusión inevitable de lo imposible, sus pocos años no le permitían ver eternos, aún cuando había espacios para lo inevitable y la decepción y ese estúpido mirándola como a una niñita, que inocente ofensa infligí a mí pequeña, creo que estuvo bien, estuvo bien que yo también me negará el deseo. Luego, como siempre ocurre, dejó de necesítarme o de sentir que podía contar con mi ayuda, con la que siempre ha contado. Debió irse algo maltrecha y con esa determinación noble de olvidar los imposibles, mirada pequeña y realista, mejor la soledad que el dolor innecesario y después la nada. Sólo el recuerdo grato de la mano tendida, un poco de nostalgia y algo del sabor agridulce de los sueños, un par de años de cambios, de vida que en ella se manifiesta con la fuerza brutal de los cambios de juventud, avanzando a pasos agigantados, mientras nosotros, los mayores, nos encontramos un tanto detenidos, el trabajo y el descubrimiento masivo de su cosa especial que un día fue, en parte, nuestro secreto, luego un encuentro casual en la vereda, con una sensación, que ya era antigua, de ligera inquietud, una mirada para descubrírnos, un compromiso que parecía decir “nunca he dejado de pensar en ti” y ella sintiendo que tampoco me había olvidado y un reclamo interior, “de qué sirve algo que de base está muerto” y de pronto una llamada que convoca a Idil sin que ella lo supiera, horas diciéndonos cosas en ese espacio mágico, sin saber exactamente si el otro entendía y luego, nada. Creo que ella

III

no debió entender mucho, salvo quizás que yo estaba algo más loco de lo que antes había notado y después de la magia lo trivial, la conversación sin sentido, un beso arrepentido, que si estuvo sólo se intuyó como un suspiro, nada ocurrió. ¿Qué es esta cosa que tenemos?, ¿qué es lo que este tipo me propone?, no sé si se lo preguntó, pero espero que sí, de allí, desde la ligera decepción que nos provocan las cosas que no ocurren, debió llegar a considerar mi posible desconsideración, después de todo yo podía estar usando lo nuestro para un oscuro fin personal, debió creer que de fondo no había más que amistad, entonces se hizo en un solo acto mi amiga y de seguro creyó que eso era ella para mí, sin embargo, ella no era mi amiga porque era mucho más que eso, ¿cuántas veces tras la música que siempre suena en sus audífonos pensó en mí?, quiero creer que muchas veces mi recuerdo tñó con dulzura y nostalgia sus pasos. Creo que debió pensar muchas veces en la naturaleza de esto que yo le estaba proponiendo, si es amistad, entonces ¿por qué esa definición no parece llenar lo que tenemos?, si tiene interés en mí como mujer, entonces ¿por qué no se mueve? y e allí la tierra abierta a los símbolos más increíbles.

Recuerdo un día en que la conduje a mi pequeño estudio, yo la veía y sentía en ella una ligera inquietud, recuerdo haber abierto la puerta y haberla visto entrar con algo parecido a la determinación, talvez esperando que en esa pequeña intimidad robada ocurriera algo entre nosotros, también notaba una ligera pregunta muda en sus gestos más sutiles, algo así como un “dime ¿qué es esto?, ¿por qué no pasa nada entre nosotros, ni un beso?”, ella entró y al volverse hacia una pared vio un Cristo, entonces me dijo que el lugar no le gustaba, sentí que se había respondido la pregunta con un simple “su moralidad no le permite nada más”, debo reconocer que esa interpretación supuesta me hizo sonreír y que la encontré hermosa, si ella hubiese sabido que no era eso lo que me detenía, sino el hecho de que yo no quería de ella una cosa pasajera, un momento más para mi álbum personal de recuerdos hermosos, que no hubiese soportado que me confundiera con una aventura, por gloriosa que fuera, o con un

III

novio o con un enamorado, si ella hubiera sabido que yo quería la unión eterna, inmutable, la unión de Idil.

Sus primeras aproximaciones a Idil debieron ocurrir más o menos en la forma en que las he reseñado, creo que tampoco debió escapar a la confusión, cuando se descubre algo tan maravilloso ¿cómo no sentir que las personas que lo poseen deben estar juntas?, lo que vino después tampoco es extraño. Encontró el amor de este mundo y ese amor la llenó; me dijo, en alguna ocasión, que ella vivía y estaba dispuesta a morir por él, a seguirlo donde quiera que él quisiese ir, yo la escuchaba desde la distancia inmensa que sitúa la experiencia entre las personas, yo pensaba que la vería en su matrimonio y que me emocionaría con su felicidad y que también estaría después, cuando el hechizo hubiese terminado. La vida tiende a llenarse de rutinas, a hacerse vacía, nuestras emociones y sentimientos más fogosos tienden a enfriarse entre el hielo de la cotidianidad, a perecer entre el síno de nuestra propia evolución, la magia, a sucumbir entre las consideraciones de orden práctico y nuestros compromisos a ceder ante nuestra ansia de libertad, esclavizamos aquello que amamos, lo paralizamos y quisiéramos suspender sus procesos para que quedara detenido en el momento exacto en que más nos aman, quisiéramos congelar al otro en el momento en que nos es más amable y esa parálisis, emergida de nuestra propia pequeñez, es la que destruye el movimiento vital, la que mata. Entonces la vi lejos de mí, con las velas del alma henchidas por el viento de la ilusión, tensa y dispuesta para el amor eterno, que a veces dura tan poco. Pero yo comprendí la fuerza de lo que no cambia porque es ilimitado, estuve allí cuando ella estaba más lejana, estuve en su gloria y en su decadencia y quiero creer que ella a veces sintió mi presencia tras las distancias, distancias fantásticas porque ella estuvo tan lejos de mí como yo estuve cerca de ella, día tras día la tuve en mi pensamiento y en mi deseo, a veces sueño que estuve otras tantas en los de ella. También debió temer que esto muriera y muchas veces murió en ella, pero casi cada año retorno a Idil, muchas veces para decirme que

III

esto debía terminar, que ella estaba feliz, que su vida estaba llena, otras para llorar de impotencia y buscar mi abrazo, que siempre la esperaba. Cuantas veces tuve que escucharla relatar lo nuestro como si fuese una fantasía perdida, propia de niños, y cuantas veces esa fantasía fue lo que llenó la vida de esa mujer mía, ajena, tan cercana y tan lejana. La quise en el ridículo y ella también me quiso desde ese mismo lugar en otras tantas ocasiones, pero cada año estuve allí y como las estaciones del año, la ví cambiar y amé a cada una de ellas, las deseé a todas, a todas las mujeres que ella ha sido durante esta vida, también alguna vez nos hicimos costumbre y por costumbre estuvimos juntos, también entonces, por costumbre o porfía, la amé. Muchas veces fuimos secreto y a veces también fugitivos, fuimos pecado y perdón, pero lo fuimos juntos, juntos en unión no condicionada y más allá de las luchas diarias y, por qué no, también muchas veces dentro de ellas. La soñé como mi pareja real y mundana y Dios quiera que ella también así me haya soñado.

Mientras nuestra relación crecía en tiempo y belleza, en historias y matices, yo seguía progresando en Idil y descubría zonas que nunca antes creí que existieran, primero logré compartir con ella un momento cada noche, sí, en sueños, nos hicimos el amor más veces de las que se puedan contar, para olvidarnos de eso cada mañana, ¿fantasías oníricas o comunión oculta de las almas? No lo sabré nunca, sin embargo, estábamos allí cada noche y cada día el recuerdo velado de los sueños fue una sombra, una presencia, que hablaba del calor de los besos no dados y de las caricias no recibidas, dominé el arte de generar esos sueños estando despierto y después pude provocarlos en otros, conocí más a fondo a Pedro Botero y supe como luchar contra él, descubrí que todo concepto es un reflejo de la verdad que se manifiesta en la ilusión, de la que nuestra mente también forma parte. Supe de infinitas luchas que se desarrollan a diario a nuestro alrededor, supe que es el sentimiento el que nos guía al descubrimiento de la verdad inexpresable y finalmente me convertí en un guardián. Cuidé de muchos en el camino del ritual, evité que se perdieran y que perdieran, los

III

ayudé a comprender, por sus propios medios, esto que yo estaba tratando de comprender a cada minuto, me hice docto y enseñé muchos simbolismos, comprendí el fondo mágico de la realidad material y todo, todo, floreciendo mientras la amaba.

Los años pasaron y en todos ellos hubo un sobre para mí y para mi pequeña de sueños y casi siempre estuvimos allí, aún en momentos en que esto parecía una locura, sin embargo, hubo y los recuerdo especialmente, dos años en que ella no asistió, en ese momento la había tocado el amor de la tierra y estaba entregada a la tarea de amar fielmente al dueño terreno de su corazón, recuerdo que llegué temprano ese día, siete de la tarde, y que durante veinticuatro horas la esperé brindando por su amor, ese que la alejaba de Idil, sonriendo por su felicidad y acorralado por el miedo de perder lo único en verdad mágico que mi vida tenía. Recuerdo que también comprendí y que durante un año la espere, para que al siguiente volviera a faltarme y para volverla a esperar hasta la muerte lenta de la tarde siguiente, al tercer año volvió y entonces no hubo palabras, sólo nos sentamos abrazados, escapando del mundo, en un abrazo de puro amor. Recuerdo la primera vez que la besé, con temor adolescente, con veneración agradecida, en medio de la más extraordinaria parálisis, en el mundo de los sentidos, tener sus labios sobre los míos y esperar que la muerte me sorprendiera entonces y eternizar así su cercanía y hacer que su cuerpo pequeño atravesara el mío en ese beso, sutil contacto de sus labios que por fin ponían en su lugar a los míos que ya nunca la abandonarían. La ví envejecer, mientras yo envejecía, ví cuando todos ya la olvidaban y su vida era el recuerdo de pasadas y espléndidas glorias, para mí seguía siendo mi pequeña de sueños y despertando una pasión que ninguna mujer podía generar en mis ruinas humanas y sus ruinas eran mi templo del ritual anual y su recuerdo el refugio de mi alma cansada, yo veía en sus ojos a mi chiquitita y a veces sufrí con mis brazos frágiles, incapaces de protegerla cuando me necesitaba. El guardián había muerto tiempo atrás, años atrás, y este viejo que yo era no podía abordar con su entereza y esperanza el tránsito a la eternidad,

III

creía que me flaqueaba la fe, no quería partir si ella debía quedarse, no soportaba que una vez más mis años nos separaran. Dios mío, esto ya no dependía de mí, ¿alguna vez dependió algo de mí?, ese año me miró con esos ojos dulces de niña y al parecer comprendió que nuestro tiempo terminaba, la laguna de su mirada me dijo que iba a extrañarme y las lágrimas de los míos le hablaron del dolor de mis manos temblorosas, se acercó en silencio y nos entregamos, una vez más, al magnífico abrazo del amor y, de pronto, ya no éramos viejos y su piel brilló lozana en la pálida luz del fuego y mis manos la abrazaron con la fuerza perdida y olvidada hacía tantos años y mi pecho se tensó, para aspirar su aroma que llenaba mis días y encantaba mi soledad y la vejez desapareció, como con ella siempre desapareció el sufrimiento de una vida, de mi vida, y una vez más fue mi refugio y la ví cobijarse en un pecho fuerte que yo creía inexistente y mis ojos la vieron con la claridad que ningún lente me pudo brindar jamás y ví sus lágrimas correr por hermosas mejillas de diecinueve años mientras sentía las más dulces y amargas correr por las mías, nuestros cuerpos jóvenes se rozaron y besé sus labios, llenando todos los espacios en que su boca me faltó y esos jóvenes flotaron desnudos en una bacanal sensual.....